



GIMNASIO DE MUSAS o
EL COLIBRÍ LÍRICO

MMSM CEDOC

WILLY TOURS

AGENCIA DE VIAJES Y TURISMO



**PASAJES AÉREOS EN LÍNEAS
NACIONALES E INTERNACIONALES**

CIRCUITOS TURÍSTICOS

Jr. 9 de diciembre N° 107 Telefax: (064) 81-4075 Cel: 650290

AYACUCHO

UNMSM-CEDOC

EL ACNÉ DE NARCISO O LA INOCENTE HECATOMBE

REVISTA ARTÍSTICA AÑO 1 N° 3 Julio, 1999 S/. 5.00



EDITOGRIAL

Una semana antes de la presentación oficial de la revista "El Acné de Narciso" en la ciudad de Ayacucho, estuve charlando con un amigo anónimo sobre diversos temas sociales y literarios, y todo esto con la turbia compañía de una cerveza bien helada. Nos sentamos en la mesa central de una de las tantas cantinas que pululan en nuestra ciudad. A nuestra derecha, unos estudiantes estaban reunidos celebrando algún acontecimiento, a nuestra izquierda una pareja de tortolitos daban rienda suelta a su amor adolescente, concediéndose caricias y besos furtivos, frente a nosotros, un grupo de trabajadores brindaba constantemente por la llegada del fin de semana, en resumen, en la cantina nos encontrábamos bien acompañados, pero el motivo que nos llevaba a tomar un par de cervecitas fue hablar sobre los proyectos literarios que llevábamos entre manos. Es difícil conseguir apoyo, me decía X, aquí nadie cree en la literatura, y la envidia nos carcome, unos contra otros tratando de ser el mejor exponente de la literatura ayacuchana. No seas exagerado, le respondí. La situación no es como la planteas tú, para eso estamos aquí, para levantarnos y alzar nuestras plumas y nuestros versos a la luz del sol o la luz de luna. X sonrió, y me dijo salud, en ese momento ingresaron dos borrachitos, uno de ellos me reconoció, me saludó, y quiso tomar un vaso con nosotros, el amigo fue al baño y el visitante anónimo se sentó con nosotros, nos dijo que era cantante, soñaba con ser famoso, y nos decía que aquí nadie es profeta en su tierra. Pidió una ronda de cervezas y una guitarra, la primera necesidad fue saciada pero la segunda, no. El amigo volvió del baño, y fuimos creciendo, nuestros vínculos se estrecharon alrededor de una mesa con más de media docena de cervezas.

Al día siguiente comprendí que para la embriaguez de nuestro cuerpo siempre hay algunos centavitos en el bolsillo.

Así como alimentamos a nuestro organismo debemos alimentar a nuestro espíritu, y qué mejor savia para nuestro cuerpo que la energía de un libro, de una revista o simplemente de un verso...

¡Salud!...

Willy del Pozo
Ayacucho.
Julio de 1999.

Dirección:	Willy del Pozo
Consejo de Redacción:	Juan Carlos A. Sanz Andrés Hernández Ricardo Ríos Arias
Diseño Publicitario:	Gustavo R. Q.
Diseño Gráfico:	Aldo Morini José Luis Del Pozo
Ilustraciones:	Oscar G. de la Barra
Logotipo:	Hortensio Arcos
Ilustración de Portada:	"Azogue Mujeril" de Francesco Policastro
Año de creación:	1998
Depósito Legal:	CA-947/98
Redacción:	Avda. Nicolás Alcázar, n° 435 Pueblo Libre (Lima, Perú) Jr. Garcilaso de la Vega, n° 314 (Ayacucho, Perú) E-mail: gimnasiom@latinmail.com Julio, 1999
Ediciones ALTAZOR	C/. Lujá n° 4, Letra I 11500 El Puerto de Santa María Cádiz (España) Imprime: Artes Gráficas Jiménez-Mena



SUMARIO

ILUSTRACIÓN DE PORTADA:

“Azogue Mujeril”: Francesco Policastro, (San Gregorio Magno, Salerno, Italia, 1957). Estudió en el Liceo Artístico de Éboli y en la Academia de Bellas Artes de Florencia. Sus pinceladas son rotundas, con evidentes contrastes de color que crean una atmósfera mística entre el pincel y el lienzo.

DE VATES:

Porfirio Meneses Lazón: *Vete ya Señor*.

Juan Francisco Sánchez: *Belerofonte, tras la calma, rescata a Juan Ramón, Así se hizo*.

Karl Oharak: *Lima, cualquier día, cualquier mes, en el año 1997 de la era vulgar*.

Jesús María Serrano: *Nada nos detenía*.

Cayo Santos Huamán: *Cruz, Acaba de tener un accidente la cigüeña*.

Verónica Pedemonte: *Ciudad de luna azul, En el nombre de la madre*.

Antonio Sulca Effio: ... *A un viajero insomne I, II*.

MIRE EL PAJARITO:

Retratos de Familia

El Peda-gogo:

El Cornudo Profesor: Moico Anchahua

LA MUSA:

Autorretrato: Viviana Salas Dellepiane

VARIACIONES EN FORMATO AZ:

Opio: Willy del Pozo, Ricardo Ríos, Felipe La Hoz.

Fotografía: César Cornejo

BÍBLICO ARTIFICIAL:

MARIAMOR: José Luis Torres Vitolas

ESQUELA SUPERIOR:

Tema: Dios.

LA CARICIA DEL DIAFRAGMA:

Robert Jon Taylor. (Inglaterra). Licenciado en Ciencias Naturales (Universidad de Cambridge). En 1984 produce y dirige el documental “El Rocío”, emitida en varios países. Realiza diversos viajes de investigación por Sudamérica y África. En 1995 publica el ensayo titulado “Precognition & Intuitive Decisions”, en la gaceta de la

Society for Psychical Research (Londres). Ha realizado exposiciones de fotografías, diapositivas y ha dado conferencias por diversos países. En 1997 publica “A New Theory for ESP”. Actualmente escribe el libro titulado “A Journey in Time” (Un viaje en el tiempo), sobre su trabajo relacionado con la precognición.

ALFABETOS SOLEADOS:

Manuel J. Ruiz Torres: *El Honor del Patricio*.

César Cornejo: *(Estaba un día haciendo una cola)*.

José Manuel Serrano: *Y Dios creó...*

Alfonso Estudillo Calderón: *La Soledad del Ángel*.

Julián Blasco Moyano: *El Engaño*.

La Media Madrugada: José Bable Fernández

Bien Pensado: Jonathan B. C. Crazy

CARTAS AL AMIGO EXTERNO:

Adaggio: Juan García Larrondo.

MIRADA NOCIVA:

Libertinaje

Designio: Oharak & Del Pozo

PRIMEROS EXILIOS:

El Capitán Muy-Muy

Poetas Suicidas: Ricardo Ríos Arias

TINTORERÍA DE INMORTALES:

Telares en luz: Edmundo Huaranca Gutierrez. (Estipe, Víctor Fajardo, Ayacucho, 1955). Artesano en tejidos con lana de oveja y alpaca. Sus telares son confeccionados con tintes naturales. Fundador de la Galería de Arte “Paras-Wari” en el Barrio de Santa Elena (Ayacucho).

Historia de Amor –Dos Palomitas–: es la unión de un nuevo recinto de amor. Nos muestra dos facetas: el apoyo y la indiferencia en los círculos sociales y familiares.

Calendario Inca: Representa las cuatro estaciones, los meses y los días del año. Durante los cuales, los habitantes del Imperio Incaico realizaban sus actividades como la siembra, la cosecha, la ganadería, etc.

LA HOJA DEL CIEGO:

Ilustración: Moico Anchahua.

CALDERILLA:

Anuncios Breves

HISTERIA DEL PERÚ:

El Morro de Arica.

Objetivo: cuestionar los dudosos hechos históricos que abundan a lo largo de la Historia del Perú, es decir, las llamadas “mentiras históricas”.

Franco di Merda

DEVATES

VETE YA SEÑOR

En el nombre de la piedra
te hablo, señor.
Aquí muere tu soberbia.
La luna es nuestra, y su luz
es más hermosa
sobre nuestros sueños.

La nube es nuestra,
nos enjuga las sienes
en la brega de los días.

Y el sol, el sol
-mariposa de tiempo y oro-
descubre el alma de las cosas
y nos siembra
de flechas y rumbos
el corazón.
Nuestra es la tierra.
Vete ya, señor.

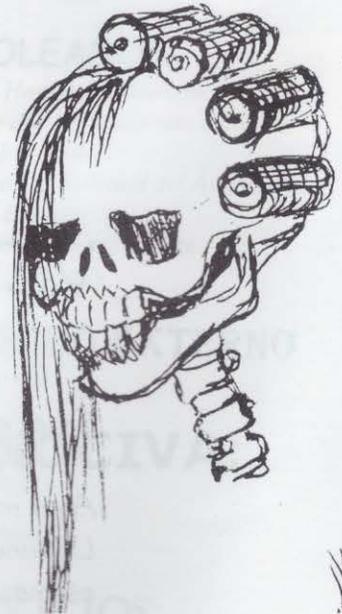


PORFIRIO MENESES LAZÓN

BELEROFONTE, TRAS LA CALMA, RESCATA A JUAN RAMÓN

*Y lo lleva sobre el corcel Pegaso
al lugar que le corresponde.*

Platero es pequeño, peludo, suave.
Retozando por mi prado en el alba
Se diría todo él un enorme alma,
Tan pristina, tan leve, tan amable..
Anda entre las jaras, en los trigales,
En el aire henchía su tersa calma,
Zalamero con su dueño, y danza
No sé con qué sonidos de cristales.
Mi Platero salta, y se salpica
Entre charcas como si un pez más fuera.
Se recuesta luego en un remanso.
Y después se vuelve como un pájaro
Y aterriza en los jardines aprisa,
Como si en el cielo vivo estuviera.
Y salta, salta
Como el agua pronunciándose en el mundo.



ASÍ SE HIZO

Mientras los alcóres se matizaban grises en el horizonte
Morían apelmazadas 83 personas en un estadio de fútbol.
Cuando transitaba por paréntesis irreligiosos
Morían carbonizados 4 jóvenes en la autovía del V Centenario.
Mientras sonaban cimbalos en la conciencia
Morían en Rumanía 50 escolares.
Cuando escudriñaba el muro calcáreo del ocaso
Morían 3 mineros en las tumbas de Oviedo.
Mientras henchía mi esternón de aire primicio
Morían 492 masais por la sequía en el África.
Cuando la hoja del álamo brillaba en mis ojos,
Moría mi padre.

Cadáveres más o menos.

EN GRAN TRISTEZA,

Finales de siglo

JUAN FRANCISCO SÁNCHEZ

LIMA, CUALQUIER DÍA,
CUALQUIER MES,
EN EL AÑO 1997
DE LA ERA VULGAR

*A ese nombre femenino
que yo odio con pasión*



Asaltó 20 gays al hilo
Sicarios sancochan gil en Bocanegra
Ahorcó hermano por guita de pollada
Lo chapán en hostel esperando tramposa
Susy palteadaza sigue con ojo morado
 Diz quen Percy le dio su chiquita
Bestia de Parcona morirá en cana con su yunta chacal
 Malditos violaron y asesinaron escolares
Fercho solterito manejará curvas de la Cabrejos
 Pata se pasará noche con la morocha
En orgía cuchi-cuchi iestrangulan "reina" gay!
Pirañitas enfrían peatón en Piñonate
Allanan burdel para cochitos
Manchón de arriolas se ganó rico con vedettes
 Potalinas armaron chongazo en plaza San Martín

Y yo mientras tanto sigo escribiendo poesías
Soñando con los tópicos amorios
Intentando atrapar al sol en mis ojos
Fumándome unos Hamiltons,
Sentado en mi eterno sillón de paja y almidón.



KARL OHARAK

NADA NOS DETENÍA

Ahora cuando ya no te veo
desando los pasillos que conducen al beso,
inútilmente busco
el billete arrugado
de nuestro tren perdido
que nunca se compró.
Me emborracho de azogue
buscando en cada copa tu añorado perfume
y con ternura guardo
las viejas servilletas
que compramos antaño.
Me palpo y no me siento:
ya ni el peor crucigrama consigue
interesarme.
Sólo el rumor del aire me traslada a aquel
tiempo
en que fuimos felices,
cuando el guardia de tráfico del sol
respaldado
nos parecía un molino
y los coches lanzados por estas autopistas
buscaban las salidas y no las encontraban.
Posesos de lujuria
-presos de la alegría-
capitanes del viento
nuestros cuerpos mandaban
en todas las naciones
y la ley era nuestra
desquiciados los jueces.
Pintábamos grafitis
como dioses paganos
en las blancas fachadas
el dedo en el gatillo
del aerosol de espray

-nada nos detenía-
y nuestras risotadas
atronaban las mentes
de turbios funcionarios
esos que no han sentido
la furia de ser jóvenes
la lava de la sangre
inundándolo todo.
Me da espanto de verte y también me
horroriza
olvidar tu presencia,
tenerte y no tenerte
es un juego de locos que saltan a la comba
sobre un cable que cruza
a pasmosas alturas una gran catarata.
Garras vueltas mis manos
araño las paredes
golpeo a mis vecinos
escupo a los geranios
nada ya me consuela
ni siquiera las olas
que embisten los rompientes
incluso las farolas
derritense de espanto
al escuchar mis pasos.
Romperé este poema para que nadie sepa
lo mucho que aún te quiero
me tragaré el bolígrafo,
me sacaré los ojos,
incendiaré la casa.
Puede que cuando el fuego purifique las
cosas
acepte que te has ido.

jesús maría serrano

SERENATA HUAMANGUINA

CRUZ

Salen con el aroma de las flores
Aguardan con el aire de los centinelas

Cruz
Cruz
Cruz

Madero viejo
Madero podrido
Vas cayendo
Vas quedando

Ja ja..

Te has reído
Te has jodido
Te ha llamado Lola
En su canto la tórtola

C
R
C R U Z
U
Z

¡Cruces! ¡Cruces!
Crucifiquense
En la hoguera
Del alma obrera.

ACABA DE TENER UN ACCIDENTE LA CIGÜEÑA

La última tarde
No fue la última
Pero empezaron a llegar
Los que nunca se habían ido
He hicieron filas
Aquí en el corazón palpitante
Pidiendo gota a gota
La sangre aún sembrada
En la última tarde
Que no fue la última

Empezaron a llamar
A los que nunca habían nacido
He hicieron vivas
Aquí en el vientre palpitante

"Soy el pasajero
crucificado en tu bayoneta
quien ha meado
cansado de esperarte
en la última tarde
que no fue la última
Señor!"

CAYO SANTOS HUAMÁN

CIUDAD DE LUNA AZUL

Cristal de luna azul,
espejos sumergidos
de raíces acuáticas
caracolas-teléfono
y ánforas apagadas
como ciegos volcanes.
Ciudad de luna azul
enredaderas
de tiempo en el espacio.



EN NOMBRE DE LA MADRE

Tierna Yocasta, más ciega aún que el príncipe
de Tebas y Corinto.
En tus ojos de abismo todo el dolor no cabe.
Astarté sin serpientes,
Medusa sin cabellos,
quizás a tu cabeza bajen las alas blancas.
De los estigmas hondos
surjan ávidas flores
y del centro de la gran luz
tu alma cobre vida
en el templo del ánima.
Es la estirpe sagrada,
la que ha de guiarte, madre ciega,
de tu cuerpo salvado por el fuego
a la luz infinita de la diosa.



VERÓNICA PEDEMONTE

SERENATA HUAMANGUINA

Esta noche
un velo cariñoso
y negro abriga sueños
y apacienta pesadillas.

Celosa la luna
oculta su bello rostro
tras las molestas nubes
que anuncian
lavarle la cara
a estos molles
y campanarios.

No todos los recuerdos
duermen
su impaciencia;
hay ojos y manos
que a la luz del silencio
encienden notas
en antigua y leal
compañera, ante
comprensivos y viejos
balcones
de barrio huamanguino

"no hay quien al pobre levante
ni quien la mano le dé"

Dentro del alma somnolienta
de la amada
cabalgan bruscos
pensamientos y en el pecho,
desbocado reloj despide

eternos segundos
que no alcanzan a iluminar
negros presentimientos

"Cuando lo ven en el suelo
todos le dan con el pie"

Varonil
tierna, sugestiva
la voz rasga las sombras,
y el yaraví
estampa su huella en el
empedrado,
las escaleras, se filtra
por el resquicio de puertas y
ventanas;
besa los labios pecadores,
los ojos, que no leen el dolor.
Se acurruca en las manos
Que ya no se incendian
como antes

"¡Ay, ay, ay si esto es así
venga la muerte y acabe
con esta miserable vida!"

El bordoneo agrade,
insulta, las primas,
invita al llanto

"la cinta para ser cinta
no ha de tener dos colores"

Fríos sudores refrescan la frente
y en los oídos retumba el ruego:

"no ha de tener
dos colores"

Los primeros lagrimones del cielo
despiertan,
en algún lugar, un largo
y lastimero aullido.

Las pesadillas huyen
por los tejados
por las paredes;
comprensiva, la luna,
suelta un retazo
de su blanca cabellera

"la mujer que a mí me quiera
no ha de tener dos amores..."

Se desbordan las nubes
y el dolor; llora la guitarra,
tiembla el yaraví y una lisura
se oculta apenas en el tono.
Cuando un relámpago dibuja
en la calle los pasos que se van,
en busca de sombras y olvidos,
de los ojos negros
también se desborda la lluvia.

ANTONIO SULCA EFFIO



MIRE EL PAJARITO



Cayo Santos



Ricardo Rios



Antonio Sulca



Moico Anchahua

El Peda-gogo

El Cornudo Profesor



LA MUSA



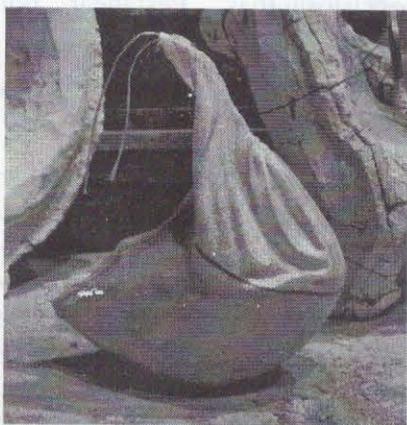
Lavo la fragancia de tu imagen
como quien limpia
el sudario de un cristo desnudo.
Desciendo por zigzagueantes curvas
hacia la secreta grifería de tus piernas.
Lavo tu mirada
que es como humedecer las manos
entre los arpegios de la lluvia.
Lavo tu piel
para desnudar la danza muda
de mis sueños sin sueño.

Willy del Pozo

VARIACIONES EN FORMATO AZ

◊▷◊

◊▷◊



Veo a una mujer semi desnuda recostada sobre una cama revuelta. Veo a un chico adormilado, echado en el suelo sobre un mar de cintas y tabaco. Veo un televisor encendido y sin sonido. Veo una radio que me habla. Veo un humo esparcido en el tiempo. Veo a mis pecados danzando por toda la habitación.

Mujer, he allí a tu hijo. Hijo, he allí a tu madre.

La voz de mi madre me persigue. Lo ha hecho desde que tengo uso de razón. Su voz a veces suena tranquilizadora, a veces romántica. Ahora me habla con mucho sigilo, me dice cosas que no quiero oír, reproches, consejos... Me habla sin palabras, la escucho sin respuestas. Siento que se me seca la garganta. Mis latidos se aceleran. Me tiemblan los labios. Me escuecen las palabras. Dios mío, ¿qué estoy haciendo?

Él está recostado, semi inconsciente. Lo veo parpadear. El ruido sigue su curso, y mi madre me sigue hablando a través de las notas musicales que van saliendo de la radio.

La televisión continúa encendida. La emisión está a punto de acabar. Le doy una pitada más. ¡Cómo entra, Dios mío! Me siento muy extraño. No soy el dueño de este cuerpo. *George*, ¿por qué te haría caso si tú nunca me echaste cuenta? Desde que llegué a tu casa me has tratado como un racista de mierda. Nunca te interesó nada de lo que dije o hice. Nunca te importé, entonces... ¿por qué ahora me tratas amablemente, me invitas a tu habitación, me haces fumar y luego me abandonas? Menos mal que no eres cabro. Tenía tanto miedo. Cualquiera opinaría lo mismo. Nunca me hablaste. No eres como mi madre. Ella me persigue a todos lados. Donde voy, ella va. No quisiera que me viera en este estado, en este intervalo de desesperación. Pero ella me persigue a través del tiempo y del espacio.

Madre, perdóname porque no sé lo que hago.

George, ¿qué me has dado? Dios, ¿qué he fumado? Son las once de la noche. No quiero pensar. No quiero pensar en nada. Madre, déjame en paz.

George. Despierta. Mira la

televisión. Está estallando en mil pedazos. Los puntitos decoran todo el cuarto. Están a mi alrededor. Sobre mi cabeza. Se llevan mis pensamientos. ¡Dios! Son las doce. ¡Cómo vuela el tiempo! Devuélveme mis ideas. Devuélveme mi inocencia. No quiero perderlas.

Tengo sed.

Siempre hay una primera vez. He cruzado el charco para sentir el humo de esta yerba. La televisión da vueltas. Mi cabeza gira buscando respuestas.

En el lugar en el que me encuentro no debo pensar, debo limitarme tan sólo a obedecer y doblar la cabeza ante los designios de mi anfitrión. Aquí soy uno más, no tengo identidad pues hace unos minutos que la perdí. No tengo nombre ni edad, sólo recuerdo el regazo de mi madre, sus manos de cuna, su piel de pañal. Estoy en el centro mismo, en el límite entre mis tribulaciones y frustraciones. Necesito una calada más. He de perderme a través del tiempo. He de perderme a través del humo. Recuerdo haber amado y atravesado por esos parajes siniestros como un hereje. Recuerdo que era un niño mimado, un niño con alcanfías de cartón y cerámica. El humo recorre mi cerebro. Tengo ganas de volver, regresar al vientre de mi madre. No nacer. Envolverme con el cordón

umbilical y ahorcarme. El camino siempre es oscuro, pero cómo se aclara con el ruido y el vapor. Bendito inglés. *This is the only way...* De las mil formas de hablar ahora sólo reconozco al silencio. ¿Para qué sirven las palabras?...

Unos pies me acarician la espalda, es una diosa extraída de un sueño, tiene la piel amarilla, está dorada como el sol, se mueve inquieta y me habla cosas extrañas que ahora no entiendo... "George, come on... George, I want you". Él sigue dormido, extraviado entre pastillas, envuelto por el vaho de la soledad. No recuerdo cómo se llama, tal vez Esperanza, quizás Soledad. Sigue acariciándome la espalda. Estoy sentado en el borde de una cama sin fondo ni volumen. Sus palabras se convierten en dragones de fuego, sus palabras retumban en mis oídos, descienden lentamente por todo mi cuerpo y enervan mis sentidos. La voy a poseer, estoy caliente, tengo el sexo erguido. Va a ser mía. Estoy dentro, buceando en este mar de deseo. Ella está ciega, acaricio sus ojitos azules ondulados como una nube, tiene los pezones pintados de color rosa, son fríos como mis palabras. Los beso. Los aplasto. Ella no me mira, sólo me repite una y otra vez "George, come on, come on..."

No madre, no me digas esas cosas, déjame amarla, sin prisas. Amarla hasta olvidarme de todo lo que he hecho.

No madre, no despiertes a George, déjalo descansar, yo me encargaré de ella, yo lo reemplazaré, será un secreto entre

tú y yo.

Me voy a ir. No puedo perder más tiempo. Ella duerme feliz como la Bella Durmiente acompañada por sus 7 enanitos. George sigue viajando sin retorno. *Good-bye, dear english people...* La musa descansa el sueño de los dioses. Los dioses siempre están dormidos. Los dioses no saben amar. No tienen sexo. No tienen edad. No tienen religión. No tienen patria. No tienen pecados. No tienen nada. No son nada.

Mi habitación está en el segundo piso. No siento mis piernas. No alcanzo el final. Debo subir, subir hasta rozar los pies de algún ángel con el rostro de *Queen Elizabeth*. Esta escalera no me conduce a ningún destino. No debo seguir escalando. Me tiro en el suelo, y agachado como un perro voy subiendo los escalones. ¡Déjame, madre! ¡Déjame vivir como un animal!

Por fin he llegado. El frío me carcome las entrañas. No quiero que la mierda me alcance y en mierda me convierta. Debo escapar de ella. Debo alejarme de *George*. Tengo la boca pesada como si sobre mí descansara todo el *Big Ben*. Me contemplo en un espejo perdido y no encuentro mi rostro, pero hay muñecos de cera parecidos a los del *Madame Thossue*. Estos ojos no son los míos. Soy un frasco vacío, sin vida. Dios es una calada de yerba buena. La vida no es tangible. El calor agita mis pasos y el frío hiela mi cerebro. Se hace tarde, pero ya la he amado. Se hace tarde para describir al silencio. Mil voces estallan a mi alrededor, contaminan mi ambiente. Me

condeno a vivir arrastrado como una serpiente. La muerte tiene ojos de droga. Pienso tanto en morir que odio a la vida. Es mi vicio oculto. La deseo. No debo vivir más. Las lágrimas decoran mi rostro. El arrepentimiento es una excusa impropia para los débiles de corazón. No tengo fuerzas. Quiero cerrar los ojos. No abrirlos más. Pestañear por última vez.

Madre, ¿por qué me has abandonado?

En el fondo de mis lamentaciones no logro recordar nada, pues nada habita en mis pensamientos. La duda me envuelve y me baña con una fragancia tan pura y dulce que me impide recordar aquellos pocos instantes de placer supremo. Y aunque ya no haya nadie, cuando no haya una lágrima, un hálito que respirar, cuando me vuelva a centrar en mi propio yo, allí me daré cuenta que soy uno más en esta historia, sin motivos, sin deseos, un hombre que pierde sus pasos sin importarle el horizonte que tenga que recorrer, un buscador de sueños, un alimentador de fatalidades.

Te prometo que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.

En el abismo en el que me encuentro no puedo respirar, no puedo elevar mi mirada hacia la luz de un nuevo día. La ceguera me carcome y por mis recuerdos pasean unos buitres sedientos de carne. No tengo libertad, ya hace tiempo que la perdí. No tengo pasado. No tengo ilusiones. No tengo labios que besar. No tengo pala-

bras que decir...

Todo se ha consumado.

El silencio es el camino más adecuado. Tengo un secreto que confiarle a mi madre. Ella sabrá entenderme. Debo morir en silencio. Sepultar mis sueños. Apagarme. Perderme.

Madre, en tus manos encomiando mi espíritu.

Willy del Pozo



Al llegar a El Puerto Santa María en Cádiz (España), tuve —como la mayoría de inmigrantes— el problema de buscar alojamiento, en mi caso, mientras durasen mis estudios.

Afortunadamente conseguí por intermedio de unos amigos, una habitación bastante cómoda en casa de una simpática familia gaditana, bueno, el vástago de esta familia era un tipo que causaba espanto, como de metro noventitantos de altura, más de 100 kilos, con un humor del carajo y para colmo, xenófobo, así que se imaginan mi temor ante este mastodonte, teniendo en cuenta que yo mido 1.68 cms. de estatura y

tengo una pinta de sudaca inconfundible.

Jack, que así se llamaba el neonazi, no se ocupaba mucho de seres insignificantes como yo, y me dejó en paz por lo menos durante los primeros meses de mi estadía en su casa; sin embargo una noche que aún recuerdo claramente como si hubiera sucedido hace un instante sucedió lo que pienso relatarles:

Eran aproximadamente las 12.00 de la madrugada, yo regresaba a casa luego de un paseo un tanto prolongado con una amiga que acababa de conocer.

Al pasar por la sala y dirigirme a las escaleras —mi habitación quedaba en el segundo piso— me topé con Jack que estaba en una bomba criminal y muy bien acompañado por una rubia de apetecibles carnes y que parecía no dejar de mirarme. Traté de apresurarme pero Jack me detuvo y me propuso tomar una cervezas juntos. Se imaginan mi sorpresa; acepté entre tentado por la rubia y temeroso por el mastodonte que tenía enfrente. La casa estaba vacía, aparte de nosotros, claro. Los padres de Jack se encontraban de fin de semana en Canarias; entonces Jack dijo: vamos a mi cuarto a seguir la juerga, con una pronunciación que prefiero no graficar. Acto seguido entramos a su cuarto. Yo me senté en el piso y Rebeca, la rubia acompañante se tendió provocativa en la cama de Jack. Cuando se acabó la bebida, Jack sacó debajo de su colchón lo que parecía ser un trozo de plastilina azul, con lo

tenso que me encontraba no pude ver cómo armó el troncho que me ofreció luego de haber dado él mismo unas largas pítadas —después me enteré que había sido opio— se lo pasé a su novia y ella me sonrió bastante cachonda.

Después de unos minutos comencé a alucinar bien, los muebles parecían estar vivos y toda la habitación crujía, se deformaba como reflejada por un espejo curvo. El televisor estalló delante de mí, y vi entonces miles de puntos de colores que aparecían y desaparecían por todas partes.

Jack estaba sentado en un sillón completamente ebrio y roncando como un serrucho. Rebeca estaba desnuda en la cama y me llamaba insinuante, pero no decía mi nombre, sino el de Jack. Yo no pude contenerme así que me abalancé sobre ella y...

A la mañana siguiente me encontré en mi cuarto con el cuerpo hecho un asco y una resaca de ésas. Me levanté lo más rápido que pude, eran las 10 a.m. y yo tenía clases a las 10.30 a.m. Al entrar al salón y sentarme en una de las carpetas, los puntitos de colores volvieron, el profesor se convirtió en un obelisco de piezas de playgó y mi cabeza comenzó a zumbar, luego pasó todo y volví a la normalidad, estuve así cerca de dos días más.

Lo que todavía no sé es si realmente me tire a la rubia o no. En todo caso espero que sí, pues estaba buenísima.

Ricardo Ríos Arias



Qué pasa? Se te acabaron los entretenimientos en Crystal Royal Place?, dijo apoyado en el pasamanos de las escaleras. Mirándome como nunca, esbozó una sonrisa e insistió con la pregunta: *Quei pasa, estar aburridou?*

Nada que hacer, nada que responder. Como si no hubiera preguntado, corría el selector de canales hasta ver el final de todos ellos y la pantalla gris y esas pruebas de colores. Jodía tener que darle la razón al pesado JULIGAN, y soportar, y esperar sus burlas de inquisidor anfitrión. Desde que llegué a la casa, sólo fueron frías miradas de exclusión las que me había dirigido, nunca una palabra como hoy. Ligera impresión que esta noche no empezaba como otras. El gesto de dirigirme la palabra, parecía ser augurio de amabilidad. La amabilidad que me interesaba en esta fría noche en *Bristol Citi*.

Lo seguí escaleras abajo. Los pasos seguros sobre los tabloncillos apolillados. Ya empezaba a olfatear la hierba y el anís sobre los tapices amarillos, las alfombras marroquíes y del artesonado del techo. A mis pies acompaña-

ba el lomo de CAN, el viejo perro lobo de casa, intuyendo quizás algo de lo mismo o al menos algo de compañía, bendita noche. Carajo, perro meón!

El cuarto quedaba al terminar el pasadizo. Traté de confirmar con una pregunta si coincidíamos en intenciones:

A cuánto el "atadito"?

Ataditu? Nada de esou, lo de hoy es puro Demerol.

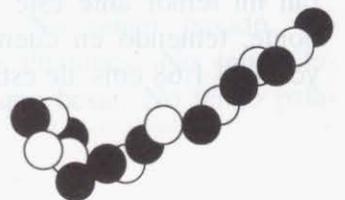
Demerol?

Sí, ya vais a ver como tei va a gustarr.

Y no hizo mas que abrir la puerta, para enfrentarme a ESTELA poseída, la madre de JULIGAN, a la que había perdido de vista pocos minutos después de la comida. Estela me había gustado desde que llegué a esta casa, su belleza madura, sus comentarios justos, la soledad compartida y ahora nos encontrábamos en un plano salvaje, podía estar convirtiéndome en un animal. Tendida en la cama no lucía mas que su piel rancia, blanca, casi transparente. No dijo nada al verme pasar. *No le digas nada*, dijo entrecortado el hijo, *es uno de sus días de "salida"*. Sabía que ella nunca terminaba de sufrir. El ser humano odia el dolor y hace todo lo necesario para deshacerse de él. El perro revoloteaba alrededor de la cama. Subía y bajaba, y tampoco parecía saber de su presencia. Tenía los miembros contraídos y un ligero temblor en las manos, sin embargo su belleza permanecía intacta a sus 52: *Alright Miss Thomas*. Sus uñas nerviosas deslucían pintadas arañas de color negro. Sin referencias del mentado Demerol, la noche se hacía más negra y el chute hecho líquido. Preparado líquido espeso. Empezó a inundar el dormitorio. Empezamos a ahogarnos

todos en su sangre, nuestros brazos, nuestros cuerpos. El tufo mezclado sabía a su licor, azufre cristalino. Habla JULIGAN: *prefieres escuchar música solo? luz de velas azules, eh peruani-to?* Lo vi dormir más allá del suelo, roncar entre los orines de CAN, el lobo varias veces inyectado. Veía al perro en círculos sincopados, aletargando sus ladridos, olfateando la entrepierna de ESTELA dormida, poseída en su cabellera pintada de amarillo. Su lengua revolvió la espesa mata de pelo negro, pendejos maduros y largos. El músculo del perro engrosaba y empezaba a sudar. *Hey CAN busca, busca!* Histérico, endemoniado y ansioso empezaba a montar el vientre de la mujer y darle y darle y el hijo durmiendo entre las letras de la canción que sonaba: *al crecer te cercenaron tu verdadera identidad con la noche y con el día, es tu cuerpo el que cruza la vía*. Ya no era parte de nada, no tenía la energía de ninguno. El amor de mi familia, más allá de los mares y yo, ahogado en otras aguas. Y mis venas llenas de melaza. El tiempo me era esquivo, adónde lo podía encontrar? Salí en su búsqueda, arrastrándome entre mis babas y mi falta de coordinación. Quizás las diez, la una o las cinco? Seguro ya, demasiado tarde y es que, quién puede medir el dolor, la soledad? Incorporé con dificultad mis patas traseras y delanteras y empecé a subir las escaleras, agarrado del pasamanos, goteando semen, goteando sangre y subí y subí y subí...

Felipe La Hoz



BÍBLICO ARTIFICIAL

Mariamor

En Él están la fuerza y la sabiduría,
de Él son el engañado y el engañador.

Job 12-16

QUIZÁS TODO ESTO
SEA MALO. TAL VEZ...
NO LO SÉ.

MUY TEMPRANO,



CADA MAÑANA,



VENGO.



ÁTRAVIESO LA MISERIA.
¿POR QUÉ TU CASA,
DEBIENDO SER ALEGRE,
ESTÁ RODEADA DE
TRISTEZA?



SERES ANÓNIMOS
Y OLVIDABLES
TE VISITAN.

CONOCEN EL DESPRECIO Y
EL DOLOR. YO LOS CONOZCO TAMBIÉN,
¿SABES? SÍ, SÍ LO SABES...

QUIZÁS ME COMPADECES
Y, A LO MEJOR, POR
ESO, CADA VEZ QUE TE
VEO, ME SONRÍES.

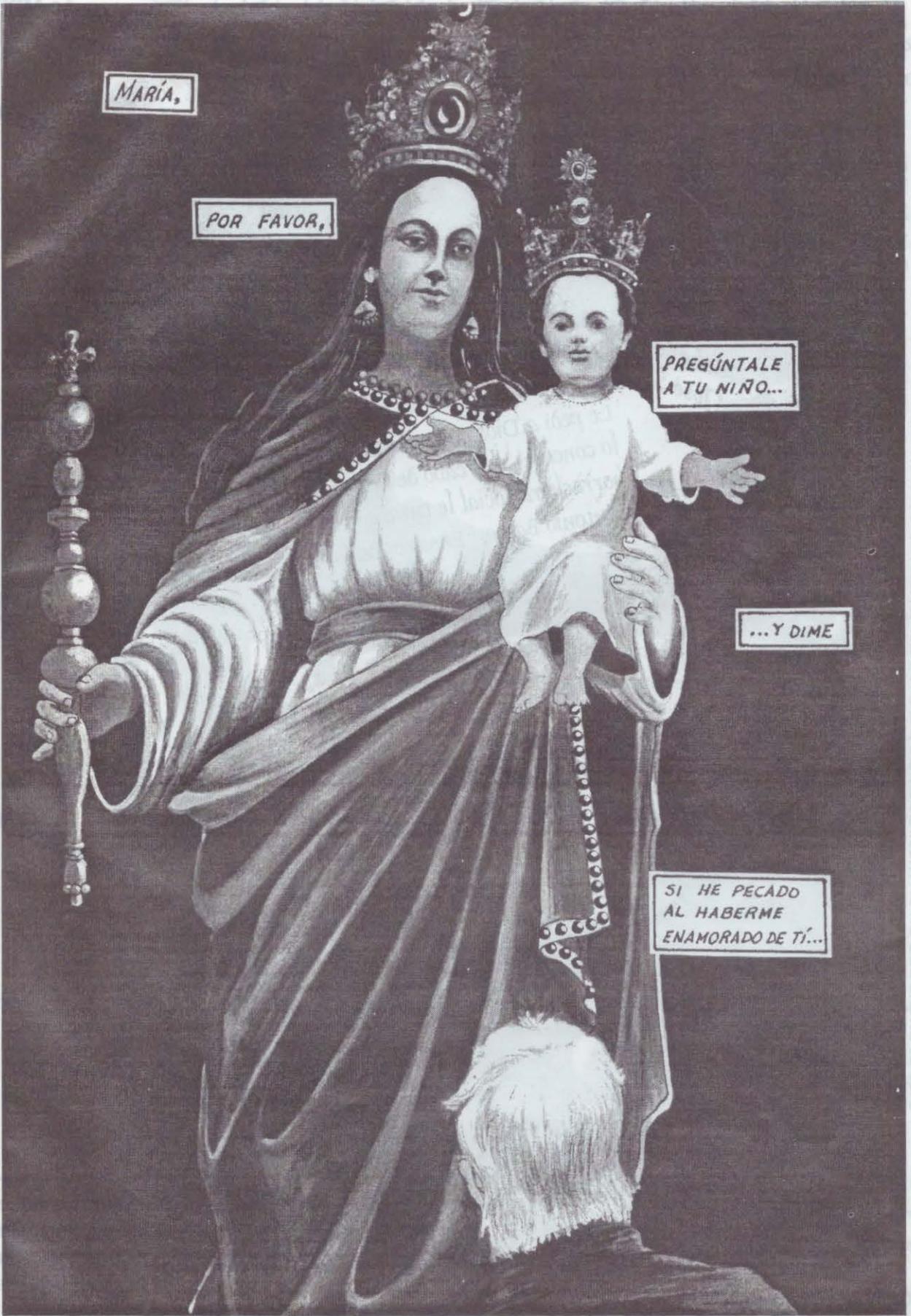


ERES TAN BELLA,
TAN BUENA,
TAN PERFECTA...
ERES TANTO
PARA MÍ.
A VECES QUISIERA
IR A TU LADO
Y DECIR: "TE AMO",
PERO NO PUEDO.



NO, PORQUE QUIZÁS
TODO ESTO SEA
MALO. TAL VEZ...
NO LO SÉ.





MARÍA,

POR FAVOR,

PREGÚNTALE
A TU NIÑO...

...Y DIME

SI HE PECADO
AL HABERME
ENAMORADO DE TÍ...

ESQUELA SUPERIOR

Si Dios no existiera, sería necesario inventarlo.
(Voltaire)

Temo a Dios y, después de Dios, temo al que no le teme.
(Saadi)

¿Qué hace Dios sentado, allí arriba?
haciendo trampas al barajar
las buenas cartas fueron repartidas
y él ha perdido antes de jugar
(Yosi, cantante del grupo "Los Suaves")

Alabado seas tú, Señor, nuestro Dios, rey del Universo, por no haberme hecho mujer.
(José Saramago, "El Evangelio según Jesucristo")



Le pedí a Dios que me devolviera la razón; me lo concedió y al cabo de una semana de borrachera social le tuve que desrezar.
(Antonio Balao, "Ensayos de un Pironauta")

Cuando Dios esté a mi altura, le pondré tapones, peluca, pinta, biblia y embriaguez.
(Jonathan B. C. Crazy, "Ajo")

Yo te consagro Dios, porque amas tanto; porque jamás sonríes; porque siempre debe dolerte mucho el corazón.
(César Vallejo)



Quando mueras no descansarás en paz... gozarás de Dios.
(Karl Osharak, "Versos de Kloaka")

Con quien menos consideración guardamos es con Dios, no le permitimos pecar.
(Friedrich Nietzsche)



Gran Dios, si estamos condenados a ser sólo sueños, deja que nuestros sueños hagan temblar al mundo, y que soñando seamos los dueños del mundo.
(Ezra Pound)

Dios insiste en ser escrito.
Sino en esta página no figuraría
(Anónimo Indecente)

DIOS: (lat. deus) m. En la religión cristiana, ser supremo y eterno omnisciente, omnipotente y omnipresente, Creador del Universo, al que conserva y rige por su providencia.² Ser inmaterial, superior al hombre, cuyas atribuciones son variables según las diversas religiones.

Dios es empleado en un mostrador; da para recibir. Quién me dará un crédito mi Señor, sólo sé sonreír.
(Charly García, Sui Géneris)

(Mercado "Aguas de Mariposa", Omani)
Bazar



LA CARICIA DEL DIAFRAGMA
Estación Claridad
Jhon Taylor

UNMSM CEDOC
El Mercado
(Frontera E.A.U., Omán)



Beduinas
(Desierto "Arenas de Wahiba", Omán)

UNMSM-CEDOC

(Oman)
Mezquita



Mezquita
(Nazwa, Omán)
UNMSM CEDOC



Paisaje
(Omán)

UNMSM-CEDOC

ALFABETOS SOLEADOS

EL HONOR DEL PATRICIO

Por Manuel Ruiz Torres



Yo mismo pegué a mi mujer los diez primeros latigazos. Mi disconformidad con la benevolencia de la Nueva Ley y el ardor de vándalo con que empleé la fusta para cumplirla tambalearon mi salud. El más fuerte de los esclavos moros, carguero de tinajas, acabó el asunto. Acordé con el juez una multa de un tercio de una de las posesiones de mi esposa por el delito grave de adulterio y otro tercio más por otros menores, inevitables para la realización de aquél. Su nombre quedó anotado en el Libro, como ordena el Código de Justiniano, por si aún descubro una tercera traición, quedando yo dueño de quitarle la vida, como merece. Firmé el oficio. Con sobornos acucí la diligencia de los pregoneros. Se comunicó el castigo en las salas de baño, en las oficinas de la salazón, en las villas principales. Algún patricio me devolvió el saludo por vez primera en mucho tiempo. A los más importantes, alojados en esta época del año en retiradas casas de campo, les envié jinetes pagados por mí, haciendo uso de lo decomisado. Nada se dijo en los suburbios. Consideré aconsejable la soledad. Por siete días permanecí encerrado en mi villa y rechacé con amabilidad las invitaciones mundanas. Al octavo mandé llamar a mi mujer, para que no pareciera repudio. Pero, aún así, necesité que pasaran muchos más días antes de visitarla en sus habitaciones.

No soy hombre dado a la ociosidad y mejoré desconcertado por los negocios. Sé que no hay nada más propicio a la burla como un amo melancólico. Me he mostrado rígido, como soy; los castigos, severos. La disciplina que el Imperio exige a sus soldados la administramos gratuita los comerciantes. Criterio aprendido de mi padre, y éste del suyo y, así ascendiendo, de todos los miembros de mi familia. Recibí con la alegría de un romano viejo la reconquista de estas tierras por los romanos de Bizancio, que hablan griego y acuñan el oro en sólidos, tan transportables. Amplié el negocio familiar de salazones. Sustituí siervos por recientes esclavos de la Mauritania, reduciendo costes, modernizando la economía de esta lejana provincia, para beneficio del Imperio y de mi propia casa. Mas no mantengo queja tampoco de los usurpadores bárbaros que, con autoridad, aliviaron violencias en los callejones de la periferia y respetaron las propiedades nobles. Ni consideraría traición ayudar a los visigodos si, finalmente, volviessen a ganar la guerra. Opiniones que me valdrían la ejecución sumarísima, la Condena Eterna quizás.

Recuperé el bullicio social en las temas. Acudía solo al baño y, en los reservados, me dedicaba a la lectura. Nadie, casi, bromé conmigo. Superé la vergüenza por el buen trato de los otros patricios. Formábamos un grupo de solidez homogénea, sin fisuras, miembros todos de la Facción Azul del Hipódromo, la única que admitimos en la provincia. En la fe, ortodoxos fervientes de las dos Naturalezas unidas en Cristo. No habiendo más verdad fuera del dogma, repudiamos la poca entereza de los escépticos. Intransigentes en los demás asuntos. Por mis principios me destapé habilidoso para la política, crítico con los revisionistas. Padecía la necesidad de saturar mi horario. Tomé a mi cargo nuevas obligaciones. Viajé con frecuencia. El azar me devolvió la propia estima.

Desde el Castigo no había conocido mujer distinta a la mía, a pesar de que las ocasiones no fueron pocas. Al sentirme mejor acepté acudir a algunas fiestas donde me comportaba

con brillantez, bebía en exceso, participaba con ingenio en los juegos mordaces. Sólo los amigos entendieron que aquello no era más que cortesía con mis anfitriones. Me negué, en cambio, a compartir las correrías nocturnas y abandonaba la velada en cuanto empezasen los atropellos a las sirvientas. No soy dado a frivolidades y censuro al amo que, embriagado, consiente en divertirse con lamentables orgías paganas. Se entenderá así mi buena estrella al conocer a una mujer tan diferente a aquellas que se me insinuaron.

Sucedió en uno de mis viajes. Invitado en su casa, trataba con el padre una exclusiva en la distribución de textiles en mi provincia, con la atención disminuida por la hija, de belleza simple, recatada pero rotunda. Asesoraba en cuestiones técnicas a su familia. Consiguió vencer mis iniciales prejuicios a una presencia femenina en el cierre de un negocio, demostrando sus habilidades de experta arrinconándome en vericuetos legales, reglamentaciones a las que, por fuerza, sería ajeno un distribuidor de pescados recién venido a los tejidos. Aliviaba también la tensión de las negociaciones haciendo bromas muy cultas u ofreciendo tretas para evadir impuestos. Mujer de sólidos principios morales, era la verdadera dueña de la casa, a la que regía con mano firme y dulce. Ella lo dirigía todo. Si faltaba, su padre y sus hermanos se sentían perdidos. Manejaba el lujo sin ostentaciones pero con dominio. No tardé en pedir permiso a su padre para acompañarla. Me enseñó su ciudad. Aficionada a las Artes celebraba mis conocimientos de la materia, se sorprendía por la minuciosidad de mis descripciones. Discutíamos, a veces. Temas religiosos, matices políticos. Naturalmente terminaba dándome la razón, desertando a mi bando, no sin antes probarme con un sinfín de argumentaciones. Nunca pensé que lo hereje, aún como teoría, pudiera acercarme a alguien. Le agradecí devolverme la agilidad. Le hablé de mi mujer, desde luego. Deploro a los que se andan con turbideces. Cuando dejamos claro el asunto decidimos vivir completa la hermosa historia, no imponernos límites. Por seis días

recuperé la milagrosa impaciencia de tratar con una virgen. Acabamos las provisiones en nuestro encierro. Volví a mi tierra. Aún hoy nos escribimos. La visito si algún asunto me lleva cerca de su provincia. Planeo, con ella, una quincena en el salvaje territorio del Algarve, aunque sabemos que será poco lo que veamos de tan agreste paisaje.

Volví a mi casa, sanado y fuerte. Por honradez me apresuré a contarte a mi esposa las novedades. No eludí detalles. No enmascaré situaciones difíciles. Le hice ver mi fortuna por salir de esa especie de desesperación en que me había hundido, las diferencias tremendas entre ella y la otra, entre su ruin historia, acabando mal y destrozándola, y la mía. Le hablé de la frontera que marca el territorio de la sinceridad. Confesé que, a pesar de su traición, todavía le profesaba sentimientos limpios. Concluí, de ello, que aún podría ser mi esposa. Después la despedí. Continué, como antes, recibiendo sus consultas domésticas a través de sirvientes. Haciéndome cargo de sus necesidades. Confundí con una renacida modestia su estricto aislamiento en el gineceo, con acatamiento su silencio. Me propuse, incluso, ofender a mis hijos con el mal ejemplo de la debilidad cuando una vez conté, al menos, treinta días de dicha, lo que cualquiera calificaría como un buen matrimonio. Al llegarme noticias tuyas reconociendo su pecado pensé, con alegría, en el perdón, por poner fin a mi dolor y restaurar el orden. Los amigos me salvaron de un error semejante.

El hombre que tomó a mi esposa, citado como testigo en el Juicio, había declarado un único contacto y aportó, al efecto, las pruebas requeridas. Mi mujer calló. Se fijó el conocido Castigo. Ahora el hombre habla no de uno sino de varios, da detalles sangrantes, se mofa de haber burlado a mi familia. He terminado sabiéndolo. Aún poco dado a creer las historias de viejas, algo habrá de verdad en lo que tan fácil se extiende. El asunto es sucio e inmoral. Hemos coincidido en ello los patricios. Acusado el dardo del engaño. Dolidos. Cuando se hizo público mi nuevo abatimiento, los que aún temían ser tachados de delatores, de chismosos, se me acercaron con nuevas confidencias. Agradecí semejante prueba de lealtad, sometida quizás a la reprobación pública, a la calumnia. Les creí. Supe que les vieron rondar con frecuencia los acantilados, el templo, el camino que

lleva a las zonas rurales. Sitios todos inquietantes para la decencia, más bien propios de ladrones y furcias. Cuanto más fuerte era el zarpazo más necesité saber. Alguien oyó retazos de aquellos cuchicheos de ellos, pero sólo me contó que avergonzarían a las mismísimas actrices del Teatro. Por suerte la ira me mantuvo a flote. Testigos les reconocieron besándose en el Hipódromo. Hay quien asegura incluso una fecha posterior al Castigo, quien habla de sucesivas citas. He tomado buena nota y solicité a mis abogados que inicien el pleito. Acordé también actuaciones por mi cuenta. Un rumor se extiende por la provincia denunciando a mi enemigo de espía, amigo de los sarracenos. Si alguien me pregunta, hablo de él con desconfianza, desautorizo opiniones tuyas como herejías contrarias a la Iglesia, insinúo sucios negocios. Si sé que alguien conoce ya mi historia me adelanto a desmentir que me mueven los celos, pues hago comprensión de su pecado ya que el otro es, al cabo, un hombre y actúo según la Naturaleza. Nada sé, en cambio, de la visita de unos hunos búlgaros que arrasaron su hacienda ni de la amenaza contra su vida que lo ha hecho huir a los confines del Imperio.

Con los papeles del divorcio he visitado a mi mujer, después de todo. No hubo rastro de violencia, pues ni soy un desalmado ni pretendo alimentar nuevas habladurías. Le grité de forma contundente. Le recordé un pasado quebradizo, su voluntad de pasear sin velo ni de bajar la vista en presencia de los extraños con quienes negocio, asuntos antiguos pero nunca suficientemente expiados. Le censuré su coquetería de adornarse como una meretriz o un hombre libre. Su voluntad de zaherirme con su lujuria enfermiza. No hice caso a lloriqueos ni protestas. Le hablé de la Mentira instalada en nuestra casa, irreversible. Le cité un pasaje del Evangelio donde creo que aconseja perdonarlo todo menos la Mentira, no sucumbir a las artimañas de la serpiente. Esa sombra de duda que ahora se extiende sobre mis hijos, sobre los años de convivencia, sobre las especulaciones comerciales donde fuimos socios. La repudí al fin. No contesté sus cartas solicitando revisar las pruebas. No acudí a la conciliación propuesta por sus abogados. Considero cerrado el asunto, pues estoy a bien con las leyes de los hombres y ni aún Dios mismo me ha reprochado lo más mínimo.

(Estaba un día haciendo una cola)

Por César Cornejo

Estaba un día haciendo una cola para pagar un recibo en una ventanilla del Banco de la Nación, cuando la persona de detrás mío, una señora ataviada de recuerdos tocándome la espalda, me pidió que por favor le guardara el sitio y se retiró. A los pocos minutos la señora de delante mío, me pidió lo mismo y también desapareció. Llegué a la ventanilla sin que ninguna de las dos regresara.

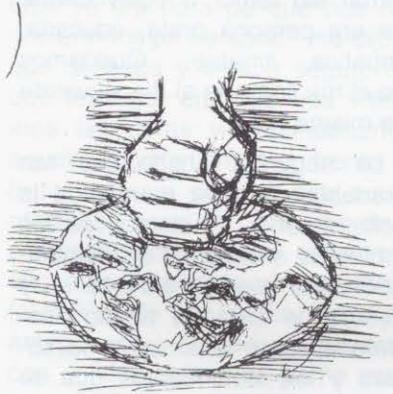
Un año después me encontraba haciendo una cola en la misma agencia, cuando sentí que alguien me tocó la espalda, volteé a ver y después de un segundo de desconcierto reconocí el rostro atemporal, y el aliento de alcanfor... me dijo: "ya regresé" y sin comprender yo mismo bien lo que hacía traté de calmar las protestas de los que esperaban detrás en la cola, mientras le devolvía el sitio que hacía un año me había pedido que le cuida, a lo que retribuyó diciendo un gracias inmemorial, luego del cual me acompañó en silencio.

Hace diez años de nuestro primer encuentro, tiempo durante el cual me he negado a cuidarle el sitio a nadie, y si bien, nunca más he regresado a aquella agencia, cada vez que hago una cola siento un escalofrío esperando el retorno de la otra señora.

Lima, 1999

Y DIOS CREÓ...

Por José Manuel Serrano



...Y al sexto día Dios creó al hombre y lo hizo a su imagen y semejanza. De las cálidas aguas del lago surgió Andrés, la primera persona que sintió el frescor de la brisa, olió la fragancia de las frutas y oyó el trinar de los pájaros.

Observó y se recreó en su entorno. Un inmenso manto azul, por el que volaban miles de aves, se extendía sobre él. Alrededor de Andrés zumbaban los insectos zambulléndose en el néctar de las flores. Animales de todo tipo corrían y saltaban por el enorme prado verde disfrutando de una vida en su crepúsculo. Infinidad de peces, de todos los tamaños y colores, nadaban en las transparentes aguas del lago y en los cientos de ríos que rodeaban las altas montañas y, seguramente, en aquel vasto mar que se perdía en el horizonte.

El calor que desprendía aquella esfera llamada Sol produjo en Andrés una extraña sensación, una especie de sequedad en la boca que lo llevó hacia una charca cercana donde pudo saciar su sed. Luego se miró en las aguas y pudo verse por primera vez. Se gustó.

Miró el pelo oscuro que le caía hasta los hombros, los labios sonrosados, los enormes ojos negros, la perfecta nariz... Sus manos acariciaban cada nuevo descubrimiento, con delicadeza, como no queriendo ha-

cerse daño: su pecho fuerte, sus brazos musculosos, su pene... Volvió a acariciar esto último, otra vez y otra, porque lo que sentía al rozar ese miembro era algo diferente. Además parecía tener vida propia, pues cuando más lo tocaba, más grande y duro se volvía. De repente recordó que había visto algo parecido en los animales, pero ellos se lo introducían a otros que tenían una especie de abertura.

Andrés corrió a buscar a uno de esos animales con abertura, pero éstas ya estaban llenas por sus correspondientes parejas. Andrés, triste y desolado, tuvo que contentarse con tocársela él mismo.

El sol estaba a punto de esconderse. Los animales seguían copulando y algunos ya empezaban a dar el fruto de esos ejercicios. Andrés, colérico por ver a todos aquellos animales disfrutando con las aberturas de sus parejas, decidió enfrentarse al mismísimo Dios, suplicándole la creación de una para él. El Creador, viendo la desesperación de Andrés y temiendo pudiera violar a cualquiera de las hembras, le concedió el deseo. Creó una mujer...

Ella estaba tumbada entre largas espigas de trigo. El pelo, largo y rubio, serpenteaba por el suelo. Los sensuales labios, gruesos y rojos, eran tocados por la lengua mojada de la mujer, mientras los ojos verdes, enmarcados en dos hileras de largas pestañas, miraban las miles de formas de las nubes. Sus senos, coronados por dos grandes pezones, apuntaban hacia el cielo, como señalando al culpable de aquella excitante creación. Sus largas piernas se extendían sobre la hierba recibiendo la humedad del suelo en las nalgas. Y allí, entre las piernas, bajo un perfecto triángulo de belleza, estaba la deseada abertura... una preciosa abertura...

Andrés estaba asombrado ante tanta belleza. Ahora que tenía lo que quería no sabía cómo reaccionar. Se acercó a la mujer poco a poco. Cuando ella lo vio se puso en pie y sonrió. Él también lo hizo. Los dos se observaban mutuamente. Ella le dijo su nombre, Julia, y él también se presentó.

Andrés pensaba en si de aquella abertura podrían salir lechones, terneros o cervatillos como en las demás hembras o sólo serviría para que él pudiera meter su cola. Todo era cuestión de probar. Andrés tumbó a la mujer y se colocó sobre ella.

El único conocimiento que tenía sobre el sexo lo aprendió de lo que había visto practicar a los animales. Tenía que introducir su miembro en la abertura de aquella mujer. Tras varios intentos fallidos el pene se introdujo en la vagina de Julia y ambos sintieron un escalofrío de pies a cabeza. Andrés comenzó a moverse, al principio torpemente, luego con mayor soltura, hasta que los dos estaban perfectamente sincronizados.

Andrés saboreó la miel de los pezones femeninos. Mordió aquellas manzanas que Julia le ofrecía y Julia también saboreó y mordió.

Los gemidos se elevaban sobre las montañas, provocando estampidas en los animales, que buscaban lugares más tranquilos donde poder procrear.

Aquellos dos individuos fornicaron durante horas, días, meses... sobre el césped, entre narcisos, en la cumbre de la montaña más alta, en las profundidades del lago, en la rama del árbol más robusto o encima de la concha de una tortuga. Todos los lugares eran propicios para la lujuria y el desenfreno de esos dos pecadores.

Julia era insaciable y, él, para demostrar su hombría, no podía decirle que no, aunque más de una vez le hubiera gustado parar.

Ya no se podía hacer nada, era el principio del caos, el comienzo de la humanidad, el inicio de la incomunicación, el origen del materialismo... Aquellos dos seres se habían apareado como el resto de los animales, de una forma irracional, sin entablar una charla previa, sin apenas conocerse.

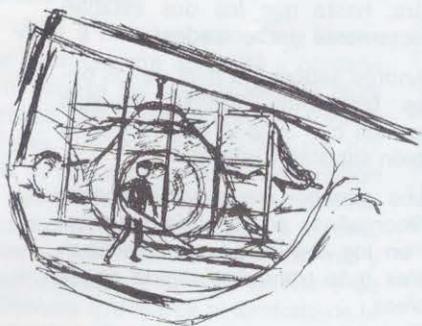
No, de aquella abertura no salieron lechones o terneros, sino, lo que es peor, niños y niñas que siguieron procreando más niños y niñas para poblar el hasta entonces tranquilo mundo y crear una raza que daría bastantes problemas a la Historia.

Si Andrés no hubiera probado el fruto prohibido, —la entrepierna de Julia—, ahora seríamos todos mucho más felices. Pero yo, pecador de mí, sigo el mismo camino. Aunque ahora, afortunadamente, tenemos los anti-conceptivos.

Pienso que el Creador, perdón por la blasfemia (algunos me crucificarán), debió, junto con Julia, haber dado a Andrés un buen condón extrafino para mayor sensación en el amor y menores problemas en el futuro.

LA SOLEDAD DEL ÁNGEL

Por Alfonso Estudillo Calderón



La verdad es que todo a lo largo y ancho de mis veintimuchos años, casi una treintena ya de anodinos e insulsos tacos de almuerzo tirados hoja por hoja a la basura del olvido, de manera "inexplicable" y por el contrario de lo que suelen contar la mayoría de las jovencitas solteras y sin compromisos con edades afines a la mía, a mí nunca me había ocurrido nada memorable o digno de destacar en las íntimas e ilusionantes páginas de un Diario; aunque, eso sí, no puedo negar el haber usado todo lo que quise y más del socorrido recurso que siempre son los sueños para imaginarme a la animosa y distinguida, fina y postinera, atractiva y moderna y hasta super guay, señorita María de la Concepción Anchosagástegui y Treviño —señorita Concha para mis alumnos de E.G.B., Conchita a secas para mis escasos amigos y compañeros del colegio, de prodigiosa heroína en todas las aventuras que mi caprichosa y desocupada mente se entretenía en tejer o le daba la real gana de concebir.

Pero, a pesar de lo prolífica y abundante que era mi imaginación en la cosa esa de lo onírico—químico, lo que nunca me podía imaginar era ni las satisfacciones ni el desasosiego que se instalarían en mi aburrida vida desde

aquella vez que sonó el teléfono en lo que resultó ser una simple llamada equivocada.

La cosa, lo de la llamada, sucedió así:

- ¡Hola! ¿Es casa de Ángel?— oí.
- ¿Ángel, qué Ángel...? Creo que se ha equivocado— contesté.
- Perdón ¿no es tal número?
- No, y no vive aquí ningún Ángel. Ya le digo que se ha equivocado.
- ¡Ah, usted perdone! —y colgó.

Era una voz de hombre, y sin duda joven; una voz cálida que me hizo recordar la de un guapo presentador de los telediarios...

En eso pensaba cuando volvió a sonar el teléfono.

- ¡Hola! Mire... ¿Es ahí el ángel?

Al oírlo de nuevo no pude evitar una sonrisa y que ésta se transmitiera al otro lado del hilo. — ¿Me he vuelto a equivocar, verdad? Reí y le dije que no tenía importancia. Entonces se des hizo en disculpas que atajé sugiriéndole que podía ser culpa de las líneas, que esas cosas pasan de vez en cuando y que no había por qué... Fue entonces cuando me dijo que le parecía no haberse equivocado, pues mi voz sonaba tal como la de los ángeles que bajan a la tierra para conversar con las personas tristes y solitarias y... Y entonces le hice una pregunta: ¿Suele usted hablar con los ángeles? Y él me contestó que sí, que casi todas las noches hablaba con un ángel que le contaba bellas historias que él entendía a su modo, pues los ángeles casi siempre hablaban en metáfora y...

Cuando colgué, una hora más tarde, sabía mucho y nada de aquel risueño personaje que solía hablar con los ángeles, pero podía

afirmar sin temor a equivocarme que era persona grata, educada, simpática, amable... Quedamos que él me llamaría al día siguiente a la misma hora.

La segunda charla fue tan agradable como la mantenida la noche anterior. Hablamos de los problemas sociales y de comunicación que afectan a hombres y mujeres de carácter tímido; filosofamos sobre la amistad, la soledad y los sentimientos que se llevan ocultos y cambiamos impresiones sobre otras muchas cosas; coincidimos en casi todo y en lo que no apenas nos costó llegar a un amigable "entente cordiale" que dejaba zanjada la cuestión. Verdaderamente me resultaba grato mi anónimo y nocturno interlocutor. Aquella noche, ambos de acuerdo en que no era necesario conocer nuestros nombres verdaderos, decidimos, él que se llamaría Tristán, y yo, un poco de broma, recordando a Bérroul y Thomas y a Chrétien de Troyes, después de recitarle un par de versos del Romancero castellano, que no sé por qué me vinieron de pronto a la memoria, aquello de: "Ferido está don Tristán / de una muy mala lanzada..." le dije que si no le parecía mal lo más correcto y oportuno era llamarme Isolda.

Y hubo una tercera y una cuarta... Casi un mes llevábamos hablando cada noche desde aquella primera vez. Y por días notaba que me era más difícil sustraerme a aquella fuerza interior que ya me hacía esperar con ansiedad el que llegara la noche y sonara el teléfono.

No lo conocía, no sabía quien era, no lo había visto nunca, pero cada día que pasaba me sentía

más atraída por quien estuviera al otro lado del hilo. Y pensé que aquel hilo me ataba a unas esperanzas que ya, a pesar de ser aún joven, creía muertas en mis interiores.

Todo fue bien hasta que ocurrió lo que tanto temía que ocurriera, algo que yo ya sabía que podría ocurrir en cualquier momento. Que ya era hora de que nos conociéramos en persona —me dijo—, que deseaba y estaba seguro de que lo mejor era que nos viéramos las caras y continuáramos aquella bonita amistad frente a frente, cara a cara, y que aquel afectuoso beso con que nos despedíamos cada noche sería mucho más agradable sin un cable telefónico de por medio. No supe anteponerle ningún argumento con solidez suficiente como para evitar o demorar aquel encuentro; no supe, ni pude... A las doce de la mañana del siguiente día, domingo, y a la entrada del parque habíamos quedado. Ambos llevaríamos un libro de tapas rojas que serviría para identificarnos.

Poco sabía de él, excepto, eso sí, que era tan tímido, tan soñador y tan solitario como yo, y que era escritor, que había ganado algunos premios literarios y que estaba en la cosa de las letras con ánimos de triunfar. Poco sabía, pero no me importaba. Estaba segura de que fuese como fuese, feo como Picio o bajito y retaco como el tapón de una alberca, detrás de aquella voz, dueño de ella y de los sentimientos que se desprendían de sus metafóricas conversaciones, por fuerza tenía que haber un gran hombre. Sí, creo que era algo así como amor, que estaba enamorada y que no me importaba fuese quien fuese.

Pero lo malo era yo... Cuando él me viera se echaría a correr.

Y no era por fea, no, que aunque sabía que no era una chica mona como las actrices de cine o esas churrindunguis que salen en las revistas de colorines, tampoco me consideraba con la cara tan mal hecha como Carlota, la jefa de estudios, que esa sí que podía

prestar su fotografía para asustar a los niños cuando fueran malos.

Lo que realmente me preocupaba eran aquellas causas alteradoras de mi anatomía; aquello que, desde siempre, pero sobre todo desde que los trece o catorce años se me fueron anudando a mi corazón de niña-mujer y me descorrieron las cortinas del mundo, me había hecho acudir a gimnasios y saunas, someterme a dietas de adelgazamiento hasta casi fallecer de inanición, pesarme siete veces cada día y mirarme al espejo hasta casi gastarlo con la remota esperanza de verlos desaparecidos... O sea, aquellos kilos de más con que la naturaleza me había dotado y que se erigían en único e ineludible promotor de mi gran complejo.

Gordita, sí, gordita... "Bueno y qué; más vale tener que no desear", esa era la, relativamente, poco convincente filosofía que le oía decir a la tía Gloria cuando se hablaba del tema, y que yo, pensando que la tía Gloria era mujer sensata y de probada sabiduría, me decía a mí misma en los últimos tiempos. Y es que, la verdad, ya estaba total y definitivamente convencida de que ni el gimnasio ni las dietas, ni las novenas a San Canuto, conseguirían eliminar aquel incordio que ponía chicha donde debía haber cintura y grosores allí donde ya sobraban.

De cualquier forma, y aunque en menor medida que años atrás, como, por ejemplo, cuando estudiaba en la escuela de Magisterio y supe que los compañeros me llamaban "La Bombi", el complejo persistía. Le cuesta trabajo a una joven de veintiocho años... bueno, veintinueve, mirarse al espejo y ver que la imagen que devuelve es figura antípoda de la que le gustaría ver, lo más opuesto a la gracilidad de la gacela, etc. En suma, y pese a la subjetividad que impera en estas cuestiones, una figura poco ortodoxa en relación a los tiempos y a las modas y que, en consecuencia, me hacía tener que renunciar a vestir los trapitos que lucían las esbeltas maniqués

de las boutiques, excepto, eso sí, la de "Gladis Foster", que esa se dedicaba a tallas especiales.

O sea, que estaba claro que cuando "Tristán" me viera saldría corriendo y no lo pararía ni la Guardia Civil con los fusiles en alto.

No guardaba esperanzas, no... Claro que —pensé—, si él fuese por el estilo a mí en lo del físico... gordote, un tipo así como Juan el de la chacinería, o bajito, como aquel joven que pasaba todas las mañanas con un paso ligero que parecía que lo iban persiguiendo para matarlo... O con algún defecto, como Vicente el de la librería que tuvo la "polio" de niño y se le quedó una pierna menos desarrollada que la otra. O como aquel joven que vivía calle por medio y frente a casa —Fernando, me dijo el de la librería que se llamaba— al que saludaba algunas tardes cuando desde mi balcón lo veía haciendo ejercicios en su cuarto; un tipo guapísimo, pero que iba en silla de ruedas porque sufrió un accidente que lo dejó inválido o medio inválido de las piernas. O como Andrés, el de la farmacia, que tenía un brazo ortopédico debido también a un accidente... En fin, que a mí no me importaría que fuera como fuere, incluso, aunque padeciera algún defecto físico, pero, ¿y él, pensaría lo mismo? Claro que no; en cuanto me viera saldría corriendo.

Pensé en no ir, en contarle alguna excusa cuando llamara de nuevo, en decirle que me surgió un imprevisto, una llamada de la tía Gloria que se había puesto enferma... O que me salió ardiendo la cocina... Pero, ¿y si se enfadaba y no volvía a llamar más? No, no era correcto: le había prometido que iría... Debía ir, sí.

Ya por la mañana, totalmente decidida, terminé de arreglarme y tomé de la estantería un libro de tapas rojas, el primero que vi, casualmente "Le rouge et le noir", versión original y en francés de la obra de Stendhal. Salí a la calle y me encaminé directamente al parque. Éste no quedaba muy

lejos, a sólo unos trescientos metros de casa. Miré la hora y vi que aún faltaban casi veinte minutos para las doce.

Cuando llegué, y tras echar una ojeada, me detuve a las puertas sin decidirme a entrar. Dentro del recinto, cercano a la puerta y sentado en uno de los bancos primeros, vi a un joven que leía algo y mantenía una libretilla de tapas rojas entre las piernas. Era rubio, alto, de rostro bastante agraciado y con innegable aspecto de deportista; una especie de Robert Redford. Retrocedí. Una terrible sensación de impotencia me invadió el alma. ¿Cómo podía presentarme yo ante aquel joven y decirle que era Isolda, su Isolda, la falsa beldad que él esperaba? ¿Cómo tragarme las lágrimas cuando me dijera que lo sentía mucho, pero que había imaginado otra cosa y que...? ¿Cómo huir de aquella decepción que me hundiría con un pesado lastre de ilusiones muertas en lo más hondo de un pozo sin fondo?

Pensé en volverme, escapar de allí y terminar para siempre con aquella farsa que el destino se recreaba en utilizar para jugar conmigo.

Pero entonces me vinieron a la memoria palabras de él, de cuando, previendo que la cosa podía continuar y termináramos por conocernos, intenté pulsar y conocer, con muy medida prudencia, eso sí, la opinión que le merecía el aspecto físico de las personas: "La única y verdadera valía de las personas está en lo interior, donde el alma, allí donde el ser humano es o no es, allí donde la virtud cualifica y es quien se erige como auténtica belleza". Así me dijo él aquél día, así me dijo... Pero, aún así no podía dejar de reconocer que aquel joven, guapo, alto y apuesto, se llevaría una gran decepción al verme. Aunque... quizás no le importara — pensé —, quizás no... Decidí continuar.

Despacio me acerqué hasta quedar justo a su lado. Carraspeé. Él, hasta ese momento ensimis-

mado en la lectura, levantó levemente la cabeza y me miró. Con forzada sonrisa y tratando de aparentar una tranquilidad que no sentía, le dije: "¡Hola! Soy Isolda...". Él me miró a la cara y luego de arriba abajo. Sonrió al tiempo de decir: "¡Ajajá,... y yo Tristán!". Sentí como si me desnudara con la mirada, como si las espadas de sus ojos me estuvieran cortando a pedacitos... Me quedé muda un momento mientras trataba de encontrar en aquella mirada al hombre que me hablaba cada noche, aquel que me decía que las filosofías sirven para ocupar esos huecos imposibles de llenar con las realidades... Él continuaba impasible, mudo y mirándome con aquella media sonrisa. Después de unos breves titubeos me atreví a decir: "Querías conocerme, ¿no?; pues aquí me tienes." Él volvió a mirarme de arriba abajo. Rió veladamente mientras guardaba los papeles en la carpetilla y se levantaba; luego me volvió a mirar y, lentamente, su velada risa se fue trocando en una risa sardónica, en una carcajada a la que siguió otra y otra mientras se volvía y comenzaba a caminar hacia el interior del parque. Aún se volvió a alguna distancia, me señaló con el dedo en alto y volvió a reír con carcajadas aún más sonoras e hirientes. Lo seguí con la mirada baja hasta que lo vi perderse por entre las rosaledas allá al fondo del paseo.

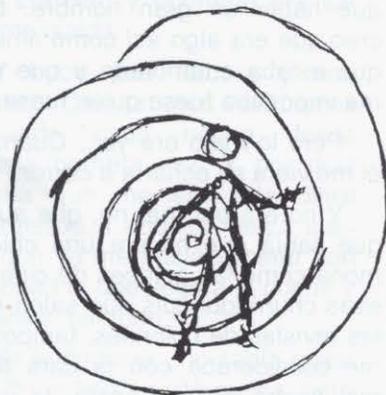
Las dos lágrimas resbalaron por mis mejillas hasta que sentí su salobre sabor en la comisura de la boca. Con pausada lentitud guardé el libro dentro del bolso y me quedé con la mirada perdida en algún lugar distante. El dolor me mordía dentro y noté que algo de mi alma se escapaba al aire con disfraz de sollozos.

Después de unos largos minutos de rumiar mi amargura y desilusión, suspiré, sequé mis lágrimas y me volví decidida a regresar a casa. Entonces lo vi. Estaba justo detrás de mí y caminando ayudado de un simple bastón. Era Fernando, mi vecino de calle, aquel joven al que salu-

daba algunas tardes cuando lo veía desde mi balcón haciendo ejercicios en su cuarto de enfrente de casa. Una ancha sonrisa iluminaba el rostro de aquel hombre que me tendía la mano afectuoso. Yo, algo perpleja pero consecuente, tomé la mano que me tendía y le sonreí a mi vez. Seguidamente, él, sin dejar de sonreír y señalando el libro que traía bajo el brazo, me dijo: "Había que traer un libro de tapas rojas, ¿recuerdas?".

Mientras asentía, dubitativa, recordé que yo había guardado el mío en el bolso minutos antes de que él llegara. Él no pudo verlo, no podía saber que yo... Claro... Entonces comprendí muchas cosas.

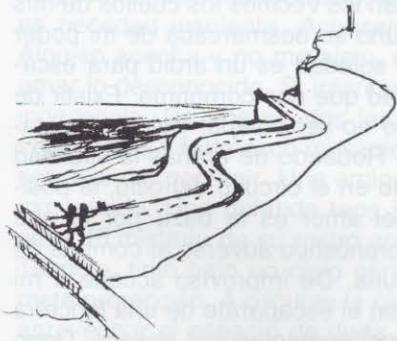
Y luego, mientras paseábamos, mientras sus palabras afluían generosas y bellas recomponiéndome los horizontes, comprendí otras; comprendí que la soledad es cosa transitoria, que los huecos del alma se deben tener rellenos siempre con las esperanzas, porque ocurre que hay ángeles que te observan, que están pendientes de ti, que te siguen cada minuto... y que una noche cualquiera llegan a ti para descubrirte esos otros mundos que están en éste, para redimirte soledades, para revivirte los sueños y para hacer que en tu pecho nazcan arco iris de felicidad mientras te cuentan bellas historias en metáfora... Como me ocurrió a mí.



EL ENGAÑO

Por Julián Blasco Moyano

A ti, PUENTE ZUAZO, fin del camino de Eracles, freno de legiones incontenidas y testigo mudo del paso de los hijos de Marcelo.



Con frialdad de acero, el viento de levante rompió el velo de las horas y sembró de polen las aceras. Margaritas de pétalos negros crecieron en la alfombra de la salina y las lisas se acurrucaron al lado justo de la sapina, para contarse retales de Historia en el inmóvil espejo del estero.

Se adivina el engaño, que canta pisotones de angustia. Se adivina el aleteo de lo injusto, de lo perverso. Se adivina la paciencia de las horas de espera junto al anzuelo. Se adivina todo, pero, al fin, han de rendirse al engaño.

— Cuando salgas al aire de tu muerte, hija mía, coletea fuerte, lucha, intenta volver al lecho frío de tu caliente hoguera y quiebra, si puedes, el aire con tus galas de plata.

Se proyecta la escultura del hombre, ¡el hombre!, sobre el verde oscuro de la tarama, y con saña, con paciente saña, va enhebrando el arte que ha de lanzar, seguro, al abismo insondable de su esperanza. Él sabe que vendrán. Vendrán, claro, si está escrito. Vendrán con letargos de luna a cumplir su misión.

— Una.

La nasa recibe la pieza que gime en estertores roncós y clava en su plateado lomo la aspereza del esparto, para hacer más dolorosa su agonía. El levante, testigo pasivo se enfu-

rece. A ramalazos quiere romper la transparencia azul de la salina para aliarse, incondicionalmente, a la manzanza que se avecina.

— Otra.

Segura de su muerte, enturbia sus ojos con lágrimas azules y endulza el ambiente con perfumes de marisma, para entregarse virgen. ¡Si pudiera avisar a sus hermanas! Pero no. Implacable, el sol juguetea salpicando el espejo salinero del estero. Implacable también, el hombre, como si la muerte fuese cosa de juego, va libando su triunfo, a tragos cortos, con lágrimas de la vid.

En la calentura de la sangre se entristece la alegría del alma. En las aceras de la virtud se asientan las divinas esperanzas de las cosas prometidas y, para hacerlas verdad, se funden en los crisoles de la ignorancia la sed, el hambre, la avaricia, el dinero.

— Y otra más.

Pequeña pieza que no adivina su agonía, pero que juega infantilmente a morirse. Otro trozo de virginidad que ha de ir al fondo del esparto endurecido de sal y brea, lleno de loca fantasía, dragón de vidas y tumba inexorable de cánticos de ondinas.

Por las callejuelas, pululan vientos usados cori redondos ombligos que esperan la redada para hartarse y dormir después en los oníricos sueños de la dulzura. En la Iglesia Mayor, las seis, lanzadas al aire con brizas de aguardiente. Se empieza a percibir el inquieto aleteo del café mañanero y las armas velan la tranquilidad de un pueblo que duerme, inconsciente, ajeno, loco. Por el Puente Zuazo escapan, rozando la piedra, las primeras hebras de sol que han de coser la Historia que se repite, segundo a segundo.

— Esto va bien. Otra más.

Que ríe —cosa rara— con risa de venganza y mira incomprendida la fría faz de la escultura. Se escurre entre las ateridas manos, hiere la piel y salta al aire, roja, con dolor leve, la primera punta de sangre que estremece. El taco acobarda al viento y se empañía la mañana con gotas de llanto angélico. Se está pudriendo el divino deseo de dominar y poseer.

Por la calle Real resuenan pisadas fenicias. Se enrojece el alba por el camino de Eracles y las armas un tiempo dormidas en el moho de las piedras, agujonean las horas. Van cayendo, una tras otra, las piezas

soñadas, víctimas de su ignorancia y de su hambre.

Han caído los tres toques de las siete. Primera misa para beatas madrugadoras, borrachas de chismes, que caminan, hundida la mirada en la liturgia. Ya se está comiendo el churro. Y como perlas de luz, como luciérnagas fantásticas se van encendiendo las ventanas. Levante. Olor a almohada, olor a puchero, olor a costo. Pasos apresurados del municipal. Contaminación del ambiente y gasolina quemada en las páginas amarillas de una historia que languidece en el tiempo.

Se ha roto la mañana en mil pedazos de aurora. Las paredes se alimentan de cal húmeda y se desgrana, gota a gota, el rocío que resbala por las torres de la iglesia. Por Gallineras el sol se columpia en azoteas de ladrillo y en su caminar se ha parado un momento, por el Collado Ursoniano para llorar por los hijos de Marcelo.

—¿Buena pesca?

—¡Digo...!

—¿Qué traes?

—Lisas. Como once kilos. ¿A seis duros? Pero hombre, ¿tú sabes a qué precio está la carná? Pon una cata.

El océano llora la ausencia de sus hijos, que no volverán. Se rompe bramando en flujos de espuma blanca y, acobardado, huye en reflujos eternos de agonía. El sol abrasa la penumbra vacía y tibia de las casas. Rompe el polvo en millones de millones de copos multicolores. Rojo, azul, amarillo, el rayo juguetea con las olas y se estremece el viento en el umbral de las caracolas.

Y como siempre, se eleva el cielo, raudo, el dardo del pan nuestro de cada día. Como todos los días, Dios llora la inconsciencia de la oración tibia y da el pan pedido, pero, ay, sabe a muerte, sabe a engaño. ¡El pan nuestro! Dámelo hoy. Mañana, volveremos al engaño para obtenerlo. Mañana, otros ojos mirarán azules y eternamente abiertos, para cerrarse llorando, fríos ya, en el aire de la muerte, que es la vida.

Con frialdad de acero, el viento de levante se quebró intranquilo. El velo de las horas se corrió lento por el atardecer púrpura de la Isla. Se paró la vida en la alfombra de la salina y las lisas, durmieron llorando, acurrucadas justo al lado de la sapina, para contarse retales de Historia, en el inmóvil espejo del estero.

LA MEDIA MADRUGADA

Por José Bable Fernández



Si alzarme de la cama mis labios despertaban una sonrisa, sin dilaciones exploraba nerviosamente la habitación, la casa toda, mi cuerpo. Escasas huellas acompañaron entonces, tal que ahora, mis licencias de medianoche. Días en los que mis ojos capturaban el triangular escote de un blusón de muselina blanca o colgaban del balanceo de unas medias negras de blonda o tropezaban con el fulgor de unos labios tintados por cualquier pintor barroco. Difícil el pervivir sin ser hermoso. Un tacón estirado incitante, las uñas de bruja anaranjadas y opacas, el perfil perdido de alguna pelirroja que quema. A cualquier hora roza mis ropas una mujer de leyenda y me provoca. Y si, altiva, con su desdén atraviesa mi orgullo, me resta únicamente perseguir su aura y recordarla. En el autobús, quizá, una muchacha —su voz helada— sin compañía, y un tímido asiento necesitando pasajero. El asedio ha de entenderse arte, jamás simulacro. Por qué la compañera eficaz no existe, la necesito. Un pendiente de lágrima le acariciaba y cómo no ser hipnotizado por su vaivén. De su parpadeo grisazul emergen todas las teorías, todos los significados, cualquier enigma. También yo. Es frecuente descender tras el ritmo de unas piernas en una parada situada en un barrio alejado del centro del corazón. Estadísticamente mi actitud no ha sido controlada. Un alivio, un alivio. Cuando llamo a una puerta —en general disfrazado, hombre en venta— ansío las palabras femeninas ofreciendo disculpas. Enciclopedias, máquinas de coser... Benditas sean... Si me hubiesen registrado a tiempo comprenderían que una navaja también seduce. Respecto a las edades, calculo con fiereza que una mujer comienza pronto a deshacerse: se agloban

las caderas, líneas verticales se apoderan de la tersura antigua; a la guerra van contra el tiempo y el olvido.

Nunca pequé compartiendo mis horas con ningún amigo. Ignoraban los vecinos los cuellos de mis camisas, pero ninguno se desmarcaba de mi poder de observación. La soledad es un ardid para escapar de la mediocridad que nos comprime. Existir de continuo, suplicando no ser odiado, vivir de prestado ajeno al mundo. Rodeado de arañas la vitalidad me espanta. Perdido en el circuito del ocio, la posibilidad del juego del amor es la baza por la que apostar, y es inútil pronóstico adverso al compás de los senos de la lujuria. De improvviso accede a mi imagen: me reflejo en el escaparate de una lencería de ensueño. En tropel aumentan mis deseos. Debo satisfacerme. Verdugo de mi historia será mi pasado. Me detengo un instante y relleno mis botas con el fango que propicia la indolente llovizna que tiene cita con este atardecer violento. Un pordiosero demacrado me vende su mano. Una monedilla por si Dios estuviera arriba. Todavía, presumo, es demasiado pronto. Tras un balcón encendido unos muslos claros. Un luminoso nace y la atmósfera cobra atuendo de colores eléctricos. Visitante que a la deriva suplica a la fortuna un encuentro irrepetible, una nueva ilusión para engañarme a mis años. Una callejuela se abre al de la ciudad de la bahía y las olas me recitan su gimoteo. Tal vez sería propio arrojarme por la inmensidad y no pedir perdón, retornar al punto de partida. El paseo me cansa, un portal me resguarda de lo que se trocó en tormenta. Una habitante del edificio me indica cortésmente que no es lugar de reposo. Justo al lado una mujer se resiste a mis miradas, no cejó. La hidalguía me complementa, ni Don Juan ni ningún otro amanerado personaje de ficción. Yo soy real. Mis huesos aún no se tambalean, tampoco mis fuerzas, sí mi espíritu. "Buenas noches, señora. Buenas noches". Me enfrento a mi tímida nostalgia. Mayormente por temor al futuro. Cuando crezca la noche repararé mi falta de esperanza, propondré a mi alma una nueva aventura con la que mandar mi ánimo. Garantizo que presa soy de mis ansias de virginidad. Odio. Un día de estos volveré... Comienzan a cerrar los pocos negocios que en este barrio se encuentran. Gran señal. Solemnemente camino y mis manos se esconden en los bolsillos de mi abrigo. Debo ajustarme los guantes y estirar los brazos. Harto de la pulcritud del silencio, canturreo. De la garganta apenas eco concilio y enmudezco. Un barniz cenital me dora. El polvo y el lastre de los siglos fueron

cómplices y son hoy enemigos. Empapado, vigilo por sí un bar se acerca. Tomo un ponche y luego otro. Desgraciadamente no tienen redonda cocinera. Un cliente me recuerda que no existe la eternidad, ni siquiera la angustia. Para beber ha nacido. Como no necesito perorata lo desplazo, mi empujón ha evitado emitir palabras. Si el equilibrio se le ha impuesto, no es mi culpa que sangre, se ha excedido.

Fuera el frío un anillo y yo su ajuste preciso. Mi rostro se abriga en mi prisa. Debo recorrer el mundo. Para la madrugada permaneceré en las aceras. Mi pasatiempo requiere tacto, elegir arbitrariamente es necedad insolente. Aconsejo buenas maneras. Alguien acecha y no me alejo, encaro el peligro de amar lo desconocido. Si intentan robarme esgrimiré indecencia. De dos en dos las muchachas me revelan datos y fortalezo mi sapiencia. Acostumbro a ser rival del porvenir. Una amiga antigua es un don inmerecido. Una bufanda tapa la cara de una doncella. El misterio de su rostro ambiguo me subyuga. Tiemblo, tiritó bajo un cielo ceniciento que me promete protección. A oscuras la ciudad navega. He de aprovechar el espacio de duda que se me entrega. Puede la negrura del ambiente ocasionarme el ritmo de mi capricho.

Las escuelas son cotos vedados. Lo que tanto se sufre acaba por alistarse como francotirador en los ejércitos de la amnesia. Un dolor combinado con la continuidad desemboca en placer. El gesto de una joven novia despidiéndose de su amante me sensibiliza. Primero, el amor un girasol, luego un cristalino sonrojo de la memoria. Y lo ingrato no es el fin, más temprano o más tarde se prevé. Lo ideal es pasear por las calles del mediodía y adivinar tras los visillos mujeres rubias atentas al extraño que pasa y las contempla. Deseo vengarme de la mala virtud, acaso del recuerdo. Aterido, flaquean mis energías, avanzando en la noche, ya fantasma y espectro, de mi revolución placentera obtuve desconsuelo.

Predilección confieso por las mujeres de amplias piernas. De las cinturas embebidas mantengo dudas. Rondo un descampado y a lo lejos los suspiros ardientes de dos amadores con fortuna. Consigo acercarme. De pareja joven me ignora. El fuego del contacto de los cuerpos enciende mi vela. Remontarme pretendo al origen de mis horas. ¡Cuán infame burlarse del amor a escondidas! La muchacha huele a mirra, y el sudor del joven enturbia el momento. ¡Cómo no acceder a sus espasmos! La mañana habita entre mis pensamientos, socava mis ideas. Tremolan los muchachos: han obtenido la gloria. Se arquean. Es el fin. Me protejo felinamente sobre una techumbre discreta.

Permiso me concedo para planear algún siniestro. ¿Por qué sucumbir? Presiento la noche infinita. Turbio, mi devenir no me interesa. Fechoría entienden mis maniobras. Las circunstancias de mi vida.

Un encaje apretando un efímero cuello ladinamente ansiado, los zapatos rojos que profundizan el brillo de unos ojos visitados por muchos ojos. El gesto repetido ante el espejo, el mohín tolerado por mis caricias. ¡Qué zozobra nutrirse uno de esencias inflexibles! Madurez denominan a la decadencia. Brava mentira. He de vagar ante mi sombra con suerte una hora. Adentrarme más en esta zona no pretendo. Que me traslade el tiempo a un tiempo pretérito.

La verdad como entelequia. Ardo en deseos de desenmascarar mi propia tragedia. Susceptible me noto y me protesto. A la casa del amor y el odio. La deriva como alternativa. Vago insomne y giro sin detenerme a justificar mis perversiones. No me caerá la primera piedra. La imagen turbadoramente bella de una compañera de escuela me suaviza el temporal. Fueran sus rubias trenzas escaleras infinitas y ciegas. Pocas veces le sorprendí cortándome la mirada. Por entonces, nada pendía de un solo hilo. Oblicua, su fragancia respondía a mujer de fuego, y cualquier jornada junto a ella te imbuía de consignas nuevas. Duro para el pobre pagar lo que no puede. En personaje de Wilde me convertiría. No pienso en Fausto. Alemania no sabe de candores crepusculares. Romance sostuve conmigo mismo. Me enamoré de mis greñas.

Una pecadora del placer y al revuelo su bolso. De vuelta a casa. Estornudo. Su perfume. Puede ser ya muy tarde.

– Buenas noches. Buenas noches.

Nadie responde. Porque existo en mi mente me indigno. A la luz de las farolas se empobrecen mis facciones. Estúpidamente, siempre fui niño. Sucumbo ante el bamboleo de unas caderas moldeadas por cientos de manos. De lo creado por el hombre todo debo rematarlo. Me acerco despacio y no la tomo. Toco fondo. La oscuridad me niega. Amo su espalda de trapecio. Fabrico en segundos una relación sin treguas. Deprisa, deprisa, que la noche es mítica y breve. Uno mi arrojo y mi temple: armonizan. Si el riesgo del remordimiento es vencido relucirán mis malas artes. La llamo y sus ojos se horrorizan. Blancos, siniestramente albos. No he tenido más remedio que empuñar mis armas. Batalla a quienes no se extasíen con mi presencia.

Es hermoso a media madrugada descender al pozo de una mujer inconsciente, mientras se van relajando los ecos de sus gritos y alta traición sería no apurar un último sorbo de placer cuando palabras como piedad y socorro retornan a lo cotidiano.

Reconozco que no soy bueno, que no soy bueno.

BIEN PENSADO

Por Jonathan B.C. Crazy

Paso a paso hemos llegado a nuestra iglesia de los viernes noche. Job entra y pide dos whiskys cargados de consuelo. Yo decido mear cerca de la puerta, para que la gente y Job no sepan que estoy llorando. Si alguna noche veis a un tipo contra una pared de manera sospechosa, no penséis que sólo está meando.

- ¡Bien la vacías!- me dice Job.
- Sí. ¿Está cargado?- repaso mi whisky.
- Tanto como mi pistola, lo malo es que la usa mi mujer.
- Ni tienes pistola, ni sabes conducir a una mujer.
- Ni tengo mujer, ni la quiero con locura.
- Escúchame Job. ¿Desde cuándo no echo un polvo? Te lo pregunto porque cada vez que follo, tu hermana me roba el reloj.
- Mi hermana es una puta distinguida- me advierte el chulo Job.
- Lo sé, pero yo soy un artista con futuro.
- ¿Y tu pasado?
- No grites, predicador.
- Has nacido en una cárcel, te criaste con el hijo del enterrador, estudiaste las Mil Maneras De Abrir Puertas, dejaste embarazadas a dos perras que parieron monstruos, llegaste al ejército y te zumbaron...
- Job, pídemelo otro. Mi historia me deja seco.
- Y ahora viene lo peor: mi hermana y tú tenéis el sida.

Job se acerca a la barra. El camarero sonrío. Es un buen cliente... de dicha furcia. Job se deja servir dos whiskys en vasos abismales. Se me acerca.

- Era una broma, Crazy- me eructa en el oído.
- No me compares con ese mierda que no sabe mover el bolígrafo.
- Es lo mejor que está publicándose ahora en los kiosco eróticos- me informa Job, neutralmente.
- Aprendiste a leer en las cartas guarras que le enviaban a tu...
- Pero sé distinguir a los buenos.
- Entonces, ¿quién carajo te pasó este whisky?- porque el licor no era consolador, sino rabioso.

Una docena de copas más tarde, es Job quien llora en mi hombro.

- Tengo problemas serios, hermano.
- Job, sabes que a mí no me faltan.
- Lo encuentro todo vacío.
- A tu vaso le queda algo- lo reconforto yo.
- Nadie es importante para mí, no tengo amigos.
- Pues me está usted mojando la chaqueta con sus mocos.
- Ayer pensé en marcharme- suelta Job.
- Si vas a hacerlo, ínflate de deudas- le aconsejo como buen ciudadano.
- Lo tengo decidido, tengo la barca. Me amarro una roca, me pongo a hacer el payaso en el borde, me resbalo...
- Claro, bien pensado.

El camarero nos trae la carta, para que Job elija su roca.

CARTAS AL AMIGO EXTERNO

ADAGGIO

Eres tú la sombra que va y viene por el escenario de lo cotidiano. Fácil y torpe es, por simple, el devenir de las cosas. Te vas, antes de que le dé tiempo al sol de acariciarte. Aún no has llegado cuando ya quieres volver y así, otra vez más, se concluye el molesto ritual de vivir a diario. Los sonidos cotidianos conforman tu particular banda sonora: unas llaves, el crujir de una puerta, una voz conocida que te habla, el saludo que te hace sonreír sin esfuerzo... los gritos de angustia de una cultura adormecida y vacía. Y las alegrías que mitificamos, los recuerdos de un instante de voluptuosidad, los sueños y los susurros del amor y de sus ausencias. Todo gira, amigo, con el vértigo del tiempo, con la inmovilidad de lo eterno también. Te hablo de esa eternidad intermitente que, jornada tras jornada, rozamos al cerrar los ojos y entregarnos a las delicias de lo subconsciente. Y, de nuevo, al despertar, tomas contacto con la efímera realidad: otras llaves, otras puertas, otros perfiles familiares que, a veces, te conmueven con su silencio. Ayer odiaste el teléfono, hoy, tu vida entera parece depender de su mágico sonido. Compruebas que esté bien colgado el auricular, que no te hayan cortado casualmente la línea que te une a lo demás, ese hilo de Parca que hoy no se acuerda de ti. En realidad, si nos mirásemos con piedad, en vez de con miedo, nos daríamos cuenta de que la mayoría de nosotros no vivimos la vida que, en el fondo, deseáramos vivir. Y eso nos va creando el malestar de los resentidos. A un exceso de salud le sigue el sobresalto o el dolor. Al hambre de felicidad le corresponden también su pena y su ironía. Todo cambia, amigo, con el delirio de los hombres, con la torpeza de una mano de ciego. Panta Rei, todo está en movimiento, pero esa parábola que se registra por encima de nuestros espíritus, no podemos percibirla con nuestros ojos dañados por la medida de los tiempos. Todo eso que transcurre, la vida que se sucede a sí misma, posee su propia unidad, una duración precisa que se escapa a nuestros segundos, a nuestros días o a nuestros siglos. Ese caos aparente, fortalece el orden supremo de los sentidos. Es como ese silbido sólo audible para ciertos animales, como la visión exclusiva de los clarividentes. La vida es como un lentísimo adagio cuya melodía aprendemos sólo en su final.

Juan García Larrondo

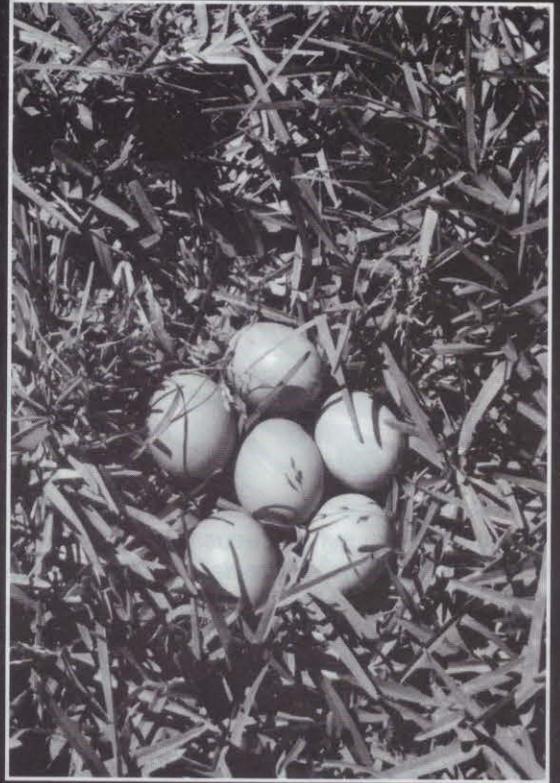
14 de Diciembre de 1993

MIRADA NOCIVA

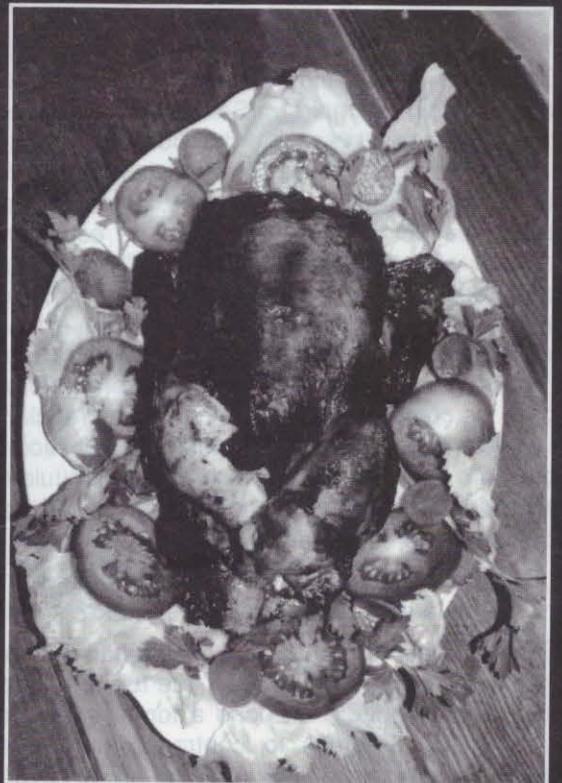


LIBERTINAJE





DESIGNIO



PRIMEROS EXILIOS

EL CAPITÁN MUY—MUY

*“Abel, qué hiciste de tu hermano
di, qué hiciste
con el tallo de tu cuerpo siempre pito
tus sandalias lustradas y tus veinte”*

Con estos versos inicia Lucho el poema Abel y es justamente para señalar acusadoramente al Abel bíblico, a aquel tibio servidor de Jehová, la antítesis del desesperado Caín, el sublime asesino. Y es que al observar a ambos, cómo podemos dejar de identificarnos con el exasperado, el sufriente Caín.

El cainismo de Hernández no es gratuito, para quien hizo de la irreverencia su instrumento principal de creación, era natural una postura de este tipo. Quizá no sea este rasgo el más característico de la poesía contemporánea a la de Hernández, la preocupación por el aspecto formal y el lirismo de un Sologuren o un Delgado, así como la prédica social y mesiánica, notorias en un J. G. Rosé o Romualdo, fueron la nota más característica de aquellos años.

Claro que la diferencia generacional entre Luis Hernández y por ejemplo un Salazar Bondy es muy grande, esto no quita que por los 60 y al iniciar los 70, la preocupación por la forma tuviese una notable influencia en las letras peruanas. Lucho conservó una línea de relativa aceptación de estos preceptos en sus primeros poemarios “Las orillas”, “Charlie Melnik” y hasta “Las Constelaciones”; pero inmediatamente después se rebeló contra estos y dejó también de preocuparse por publicar, gracias a ello podemos deleitarnos con la liberadora informalidad de los cuadernos que Lucho gustaba regalar a sus amigos y que fueron compilados por Nicolás Yerovi junto con el resto de su obra, bajo el título de “Vox Horrisona”, nombre que escogió el propio Hernández antes de su suicidio.

¿Qué es lo que llevó a Lucho Hernández a apartarse de la literatura oficial y al suicidio?

Es una pregunta que ya muchos se han hecho y algunos equivocadamente creen que fue la falta de lucidez la que condujo a Lucho a tomar esta decisión. Nosotros creemos lo contrario, fue lucidez extrema, ese vivir “bajo un sol que no era el suyo” y sin embargo, “dar su amor”. La terrible lucidez que conduce a la incertidumbre, verse cara a cara con la

nada que lo es todo. El poder y la fragilidad del hombre. La ambigüedad total. “Ebrio ya de belleza/ y en demencia/ puede ser que sus ojos sean nuestros” diría Hernández de Ezra Pound, ahora esos versos pueden aplicarse a él mismo. También así continuaremos buscando... “puede ser que sus ojos sean nuestros”.

Ricardo Rios Arias

A UN SUICIDA EN UNA PISCINA

No mueras más
Oye una sinfonía para banda
Volverás a amarte cuando escuches
Diez trombones
Con su añil claridad
Entre la noche
No mueras
Entreteje con su añil claridad
Por lo que Dios más ame
Sal de las aguas
Sécate
Contéplate en el espejo
En el cual te ahogabas
Quédate en el tercer planeta
Tan sólo escondido
Por tener unos seres bellísimos
Que emiten sonidos con el cuello
Esa unión entre el cuerpo
Y los ensueños
Y con máquinas ingenuas
Que se llevan a los labios
O acarician con las manos
Arte purísimo
Llamado música
No mueras más
Con su añil claridad

Luis Hernández, Lima, 8 de agosto de 1971
Brian, Sein und Zeit

POETAS Y SUICIDAS

Es casualidad acaso que muchos de los poetas importantes de sus respectivas épocas hayan decidido acabar con sus vidas. El ruso Vladimir Maiakowski, los ingleses Shelley, Keaton, Byron y en nuestro país el conmovedor caso de Lucho Hernández y José María Arguedas, son algunos ejemplos de este aparente azar.

La poesía está ligada a la búsqueda de expresión, a decir de Sábato, parece evidente que no logramos establecer una verdadera comunicación, es así que cada individuo vive aislado en su propio mundo interior, contentándose apenas con recibir la información indispensable para sobrevivir. En qué momento somos capaces de decir nuestra verdadera palabra no divulgada, en qué momento se libera en nosotros esa voluntad de potencia de que habla Nietzsche.

Hay cosas que son inexpresables, cosas que al estar de tal modo nombradas por las demás cosas que componen el universo se "han quedado mudas por sí mismas". Esta afirmación vallejiana constituye la clave para entender lo que persigue la creación poética; decir lo indecible, expresar lo inexpresable. Al mismo tiempo nos da una idea de lo solitaria que puede ser esta actividad, pues quién puede permitirse este tipo de interrogantes sino un loco o un inútil.

No es simplemente la locura o la belleza del acto demencial lo que impulsa al poeta, es la conciencia que posee él con respecto a su demencia, la demencia coherente, "la sabiduría salvaje" al decir de Nietzsche invirtiendo la figura.

El poeta es entonces un ser expuesto, vulnerable, tanto a la locura como a la sensatez: "un cuerdo anda sobre cuerdas, sobre locura hecha en la intimidad", ésa es la actitud poética, un "vivir en peligro", un superar las cadenas del equilibrio, una delectación por lo extremo; tal vez esto nos explique en cierto modo cómo puede llegar a percibirse la autoeliminación como un recurso válido, es la belleza del acto mismo y no su trascendencia, un abandono del propio abandonarse, el climax de la demencia consciente.

Podemos entender el suicidio como alternativa, existen pueblos que lo entendieron así, por qué nosotros no.



Esta mañana soy un culpable profesional
Con algunas ancas me contento
Pues es más fácil que ser puro
Yo no dudo en escupir sobre la alfombra
Aunque a veces, te diré
Desearía ser inocente de todas mis muertes

Esta mañana desayuno en el patio
Hincho mi pecho sangre como un pájaro vela
Luego pongo en funcionamiento mi máquina de
olvidar

Recurso a aquella desesperadísima estratagema
De rascar con mi panza la punta de un lápiz
Soy ombligo de tu deseo
Y en medio de tu sala voy a parir un lavatorio
Esta mañana asexuaré mi vanidad
Voy a entrar en mi cuarto sin ser visto
Voy a comerme a besos aquella repugnante
cucaracha

Estoy recolectando insectos con piel de corazón
Estoy aprendiendo a vomitar poesía
No me miren con odio
Sólo soy un culpable profesional

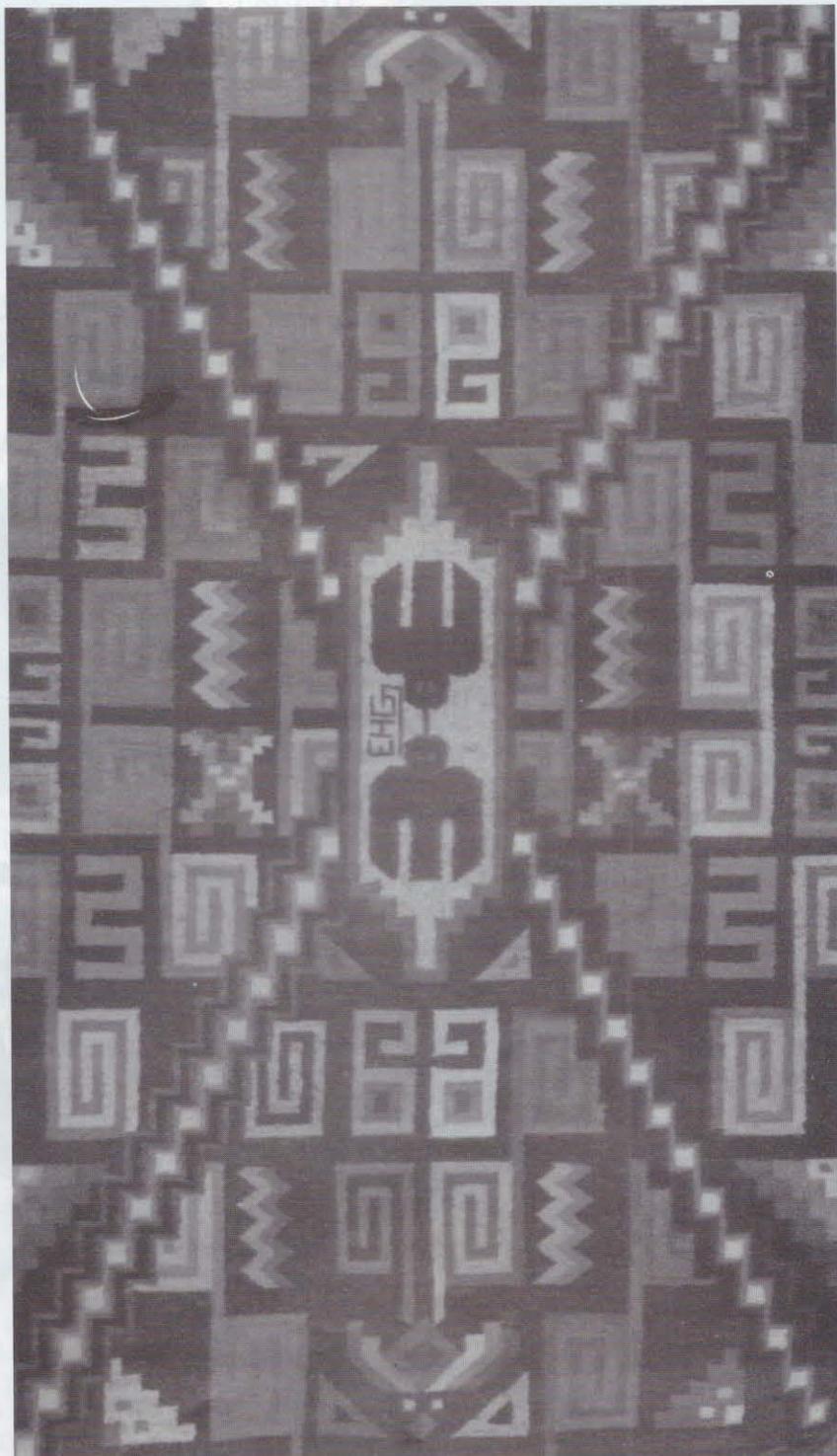
Ricardo Rios Arias

TINTORERÍA DE INMORTALES



Calendario Inca

EDMUNDO HUARANCCA GUTIERREZ



Grupo de
boca de
Naranjo
de la
ha sido
Ayacucho

Mujer
boca de
Naranjo
de la
ha sido
Ayacucho

soy
Preto
preferencia
que miran

Historia de Amor Dos Palomitas

de
Preto
Cambio
una boca
menor
de la

Imagínense que asisten a su propio funeral donde nada falla, y la muerte es segura. Tenemos tarifas de 3 categorías: a) Económica o "del martillazo", consistente en golpe, desmayo y caja sin barnizar; b) Normal o "del suspirito", dedicada a quien pasó por la vida entre labios, y caja de terciopelo; c) Pomposa o "del desengaño", cuando veas el precio quedarás de piedra (mármol rosa o marfil), carroza de plañideras y desfile de corceles. Funeraria Nomeolvides, calle Me Cago en tus Muertos, s/n.



Aviador con 3 años de experiencia y 5 accidentes aéreos se ofrece para pilotar naves que surquen los Andes, es imprescindible que la línea aérea de turno cuente con todo el equipo necesario para casos de emergencia. Las aerolíneas interesadas deben llamar al 4567890 y preguntar por el Sr. Jorge Chávez.

Tengo la manía de no encontrar el psicólogo adecuado para mi sinrazón, y me pondré loco de contento cuando mi mente sea vuestra. El equipo psiquiátrico debe componerse de 4 Licenciadas de 12 años, 4 infantas de 45 abriles, y 2 varones doctorados. Luchó contra mí por daros mi dirección, que es Avenida Electro-Son, sin número.

Grupo de ancianas en edad del pavo, busca chofer que sepa conducirnos... No tenemos predilección por el color de la piel, pero sí por el grosor (calibre sano). Mejor 5 lenguas y manitas. Apartada Onsenil Doscientas. Lima.

Mujer violada hace 2 años busca al hombre que la hizo disfrutar como nunca. La violación ocurrió por el mes de febrero, en Ayacucho, época de carnavales. Llevabas antifaz negro y poncho blanco. ¿Has hecho memoria? Te espero. Tel. 819999.

URGENTE: Se traspasa burdel de 3 pisos, con mami incluida, 20 niñas en edad de procrear y 2 eunucos libaneses. La cartera de clientes se compone de sacerdotes, ministros y deportistas. Clientela asegurada. Certificado de salubridad y condones al paso. Llama al 2345678 y pregunta por Pantaleón.



Se venden crías de rata tuberculosa, por unidad o por kilos. Ideal para personas que padezcan problemas de exceso de peso. Diarrea segura. Adelgazarás en corto tiempo y por poco dinero. Ven a visitarnos a la Calle 7, N°. 8. Lima.

Si estás hastiado de la vida. Si tu mujer te engaña con tu mejor hermano. Si tus hijos no te respetan. Si tu perro no te mueve la cola. Si tus amigos se olvidaron de ti. Te ofrecemos el alivio para todos tus males. Vendemos jeringuillas bien cargadas con el virus del sida, las dosis dependen del estado anímico. La muerte te espera. Acude pronto. Hospital VIH, Jesús María. Lima.

Soy ginecólogo pero necesito pacientes. Pago por atender. Tarifa doble si acabas de tener la regla por primera vez. Dr. Zacarías Concha, consultorio 77. Hospital de la Niña. Arequipa.

Si anhelas obsesivamente una rayita de coca y tu madre no te da la plata suficiente. Yo puedo ponértela a tu entera disposición a cambio de nada. Tu nariz vibrará de alegría. Por el precio no te preocupes, lo importante es cuidar la línea. Búscame en Miami, soy Jaime, todos me conocen.

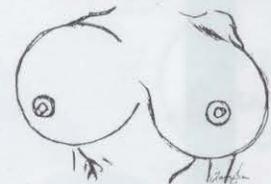
Presto mis calcetines perfumados, preferentemente para deportistas que sufran Pie de Atleta.

Cambio el libro Lolita por una impúber de más de 9 añazos, que sea adicta a la leche amarga con cereales pares. Calle Nabocock, N. 12.



Estoy cansado de vestirme de blanco y saludar con la mano. Cambio mis vestiduras por ropa multicolor y mis saludos por chapas efusivos. Ven al Bar Ticano y pregunta por Juan Pablo.

Confesor de la Parroquia Nuestra Señora del Sagrado Pecado, se encuentra con graves problemas económicos, suplica a sus fieles feligreses una colaboración monetaria mayor a S/. 100.00 por persona. Garantiza el silencio de sus labios, de lo contrario se verán en serios aprietos por culpa de la lengua. Guerra avisada no mata incrédulos.



Alquilo mis pechos para amamantar bebés menores de 1 año. Leche garantizada, calentita. Por la cantidad no te preocupes que Susy Díaz me queda chica. Sostén N°. 90. Ven ya, que tu niño necesita mi calcio. Jr. 9 de diciembre N°. 1821. Ayacucho.

Vendemos chicles masticados por Cristian Meier. Tenemos una gran variedad de colores y sabores. Nuestros productos llevan sello distintivo. No dejes que te engañen, pruébalos antes de pagar. No se lo digas a nadie y disfrútalo en soledad. Calle Pancho Lombardi N°. 69. Preguntar por Santiago. Lima (Perú).

Cambio mi extenso vocabulario por una boca de parvulario exclusivamente femenina. Abstenerse desviados y perversos sexuales. Soy el Sr. Donatien. Calle La Bastilla s/n.

HISTERIA DEL PERÚ

Marro de Arica, Junio 1890



Perdóname Alfonso...
¿Pero cuándo has
visto tú un caballo
suicida?

Franco di Merda



COMPUREY S.A.

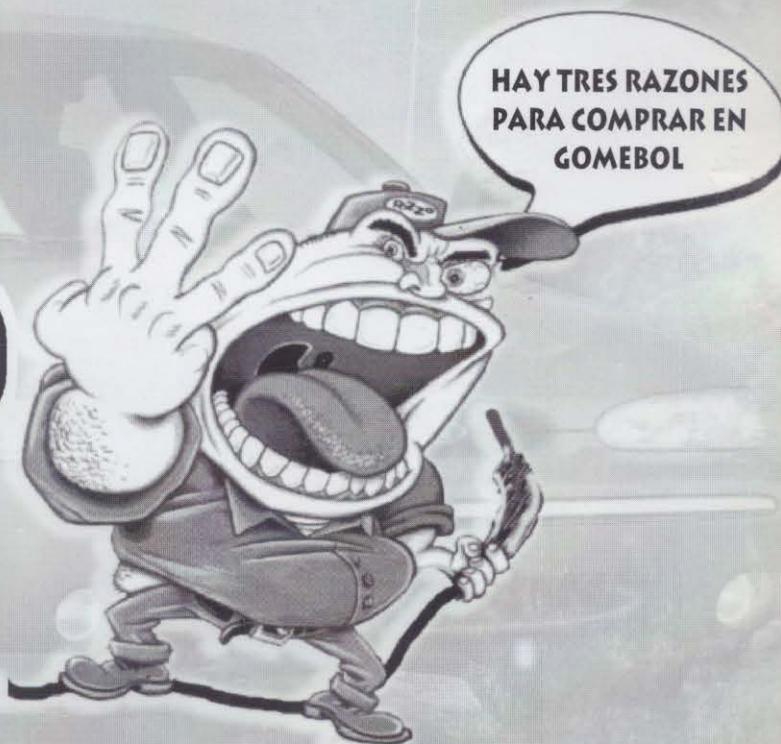
¡ EN COMPUTADORAS... EL REY !



Av. Garcilaso de la Vega 1261- C222 - Lima 1
Telf: 330-5557 / Fax: 332-6769 / Cel: 941- 0221
VENTA Y SUMINISTRO DE EQUIPOS DE CÓMPUTO

GRIFO

GOMEBOL



EFICIENCIA CALIDAD RAPIDEZ

Av. Independencia N° 583 Tlf. 81- 8657 . Telefax 81- 3217 Ayacucho



Chickadee